

CURIOSIDADES TAURINAS

F. Mínguez
y
J. A. Berned

I.^A SERIE



CURIOSIDADES TAURINAS

Es propiedad de sus
autores.

Queda hecho el depó-
sito que marca la ley.



CURIOSIDADES
TAURINAS

POR

FEDERICO MÍNGUEZ

y

J. ADÁN BERNED



A large, stylized handwritten signature in dark ink, appearing to be 'Adán Berned'.

MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

—
1892

+

AL EXCMO. SEÑOR

Don Eduardo de Santa Ana

VIZCONDE DE LOS ASILOS

*el más bueno y el más noble de los amigos,
como humilde prueba de cariño y recono-
cimiento,*

Federico Minguez

J. Adán Berned

A GUISA DE PRÓLOGO

~~~~~

**C**AMPOAMOR ha dicho que los prólogos son innecesarios, y la experiencia ha venido á demostrar que el distinguido poeta no anduvo torpe al opinarlo así. Nosotros creemos, sin embargo, que en muchas ocasiones el prólogo es ineludible, si los autores han de quedarse en la airosa situación que les corresponde.

Con el presente libro ocurre algo de esto último, y por tal causa á la cabeza de nuestra obra ván estas líneas explicando lo que conviene no echar en olvido, para que la crítica perdone deficiencias y el lector no se llame á engaño.

La mayoría de las *curiosidades* que en el tomo hemos coleccionado, serán conocidas de las personas que el libro compren, ó lo lean sin comprarlo, cosa muy generalizada por desgracia.. Sucesos que se realizaron ante públicos numero-

sos, claro es que habían de hacerse populares, comentándolas cada uno á la medida de su deseo.

Cuantos asuntos tratamos SON RIGUROSAMENTE HISTÓRICOS, sin que nos hayamos creído autorizados para inventar ninguno, ni mucho menos para desfigurarlos, atribuyendo á un diestro lo que nunca realizó.

Nuestra obra se ha reducido á coleccionarlos, dándoles forma conveniente, un estilo más ó menos brillante, pero digno en nuestro sentir del público á quien aún le interesa el movimiento literario español.

Reunidas las *anécdotas y curiosidades* de nuestro libro tal como hasta nosotros han llegado, hubieran sido insuficientes para llenar media docena de páginas. Hemos procurado ampliarlas, á fin de que perdiendo su laconismo excesivo y duro, tuvieran algún atractivo y fuesen leídas con gusto.

No se nos oculta que buen número de *espíritus fuertes* calificarán el libro de la manera ménos cariñosa que les sea dable, suponiendo que no merecía el mérito de los sucesos la impresión de un tomo. Opinamos lo contrario. Ninguna literatura más propia que esta para retratar el temperamento y el ingenio de nuestro pueblo; con una frase intencionada ó con un rasgo de valor rayano

en la temeridad, se demuestra nuestro modo de ser y de pensar.

¿No les parece á ustedes lo mismo?

En fin, el libro está en la calle y nadie mejor que el público dirá si nos hemos equivocado.

Su fallo es el decisivo, y á él se atenderán siempre los autores

FEDERICO MÍNGUEZ

J. ADÁN BERNED





—Bien, D. Antonio; de todo estoy bien, menos de estas pícaras piernas.

—Todo se arreglará, descuide usted; poniendo un poco de su parte, tendremos el gusto de verlo otra vez al lado de Salvador.

Pablo se echó á llorar amargamente y estrechándole las manos, le dijo:

—¡Ah, mis piernas... mis piernas!... ¡Daría toda mi fortuna por poder comprarme unas nuevas!

El pobre Pablo Herraiz no se levantó más del lecho. Murió sin el placer sumo de verse vestido otra vez de torero.

## LOS FEOS

Reñían dos novilleros  
discutiendo con furor,  
si los toros de Veragua  
eran valientes ó no.  
Los maletas eran feos  
como demonios los dos.  
El uno seco y delgado,  
picado de un modo atroz  
por la viruela maldita,  
que en su cara se cebó;  
y el otro, corto y rechoncho,  
parecía un aguador,  
con el cuello corcusido  
y quemado, y ¡qué se yo!

Llegaron á incomodarse  
discutiendo la cuestión,  
y le dijo el uno al otro  
con enronquecida voz:  
—Te digo que son traidores.

—¡Pus yo te digo que no!

—¡Punto redondo!

—Y callando.

—¡Pero no seas guasón!

Si eso lo asegura Montes.

¡Ya vés tú!... ¿Se equivocó?

—¡Si cuando Montes vivía  
no había toros!...

—¡Adiós!

Ya has metío la pezuña.

¡Me lo figuraba yo!

—¡Anda, Petrarca!

—¡Eso mismo!

—¡Si no tienes presunción!

—¡Es que contigo, maleta,  
no *pué* discutir ni Dios!

—¡Calla, feo!

—Callo, hermoso.

—Más que tú.

—Gracias.

—¡Que no!

—Tu cara es la lista grande.

—Pues la tuya, es un primor.

¡Paecé la pared de enfrente  
de algún tiro de pichón!

## UN REGALO

La reina doña Isabel II asistía aquella tarde á la corrida de toros, ocupando con sus damas el palco regio.

Espléndido el día, la plaza estaba completamente llena de buenos aficionados, que presenciaban el espectáculo con anhelo é interés.

Salió un toro á la arena: el animal lucía preciosa moña de raso bordado en oro, con mucho gusto y con excesiva riqueza; tanto, que llamaba la atención de los espectadores.

*Lavi* toreaba aquella tarde, y deseando apoderarse de la divisa, lióse el capote al brazo y quebrando con mucha frescura en las mismas astas del toro, aprovechó el momento para arrancar la presa codiciada. Un aplauso general premió la faena del diestro, su arrojo y serenidad.

Este levantó maquinalmente la vista, fijándo-



se en el palco regio... No sabemos si alguna de las personas que lo ocupaban llamaría al torero, ó si éste creyó verlo; pero lo evidente es que, dejando la plaza, subió donde se encontraba la reina.

Con la moña en la mano, iba meditando *Lavi* qué había de decir, al ofrecer el regalo á doña Isabel, caso de que la augusta dama tuviera deseos de adquirirlo.

El diestro se detuvo en la puerta del palco y quitándose la montera, dijo tímidamente:

—¿Dan usías su permiso?...

No hubo ninguno que le contestara; en cambio, se volvieron hacia él todas las personas, quizá sorprendidas por la presencia del torero.

El recibimiento no podía ser más frío; pero *Lavi*, que era hombre sereno, no se inmutó, y avanzando resueltamente hacia la reina, le dijo, procurando dar á su acento la mayor dulzura posible:

—Señora, ahí va un regalo... ¡Esta es la primera moña que *tié* S. M. el honor de recibir de mi mano!...

Y el hombre, satisfecho y tranquilo, volvió á

la plaza, entre las risas de los que habían oído el inocente desatino del diestro.

La reina recompensó después con largueza aquel acto generoso del *Lavi*.



## UNA OPINIÓN

Cúchares decía siempre  
que contemplaba un torero  
vestido con... presunciones,  
muy atildado y compuesto:  
—Ahí va la marica andando,  
mas no *ma* susto por eso.  
¡No le sucedía nada  
si yo pudiera cogerlo!  
El bicho de más empuje  
se la echaba todo entero;  
*¡porque á chicos de pomada,  
toros que afeiten el pelo!*

## MEDIA COPA

En los prados que pastan las reses de don Vicente Martínez, próximos á Colmenar Viejo, y al lado de Moralzarzal, crióse un choto casi á la mano y entre los caballos de los vaqueros, hasta el extremo que tomaba pan sin que infundiera cuidado alguno.

Una tarde llegó por allí *Frascuero* á caballo, y acostumbrado el toro á seguir al *Melo*, mayoral de la casa, salió andando tras el diestro sin que éste notase el huesped que le seguía, hasta bastante rato después.

Al llegar, casi al oscurecer, á un ventorro que hay próximo á Villalba, Salvador se apeó, y pidió desde la puerta media copa de aguardiente.

—¿Viene usted solo, Salvador?—dijo el ventero.

—No, repuso Salvador,—vengo con un amigo; dále media copa á ese.

Salió el bueno del ventero, y cuál sería su sorpresa al encontrarse con que el amigo en cuestión era un becerro utrero hermosísimo, que al desconocer á quien se le acercaba, la emprendió con él, causándole no pocas contusiones.

Salvador, arrepentido de la gracia, procuró que el toro marchase por el campo hacia la dehesa.

Desde aquel día se puso al toro de nombre *Media copa*, y andando el tiempo, vino á matarle Salvador en una corrida de toros que se jugó en Valencia en 1889.

## TRAJE NUEVO

El *Lavi* estrenaba aquella tarde un hermoso traje grana y plata que le había terminado pocas horas antes el sastre Borrajo, uno de los más hábiles confeccionadores de esta clase de vestidos en Sevilla.

Con el suyo, nuevo y flamante, salió á la plaza el diestro, y después de los *trámites reglamentarios*, como se dice en el lenguaje oficioso, principió la corrida... ¡y principiaron también los disgustos del torero!

Durante la brega de los seis toros, *Lavi* fué volteado diferentes veces, llevando porrazos capaces de reventar á un marmolillo... No bastaba que el diestro se reservara cautelosamente; en cuanto los toros lo veían cerca, cerraban contra él, con violento empuje y revolcándolo largo rato.

Claro es, que con aquellos achuchones, el traje quedó tan mal parado, que no servía para nada. El hermoso color grana había perdido su brillo, ensuciado por la arena del circó y por la sangre de los toros.

Cuando la cuadrilla se disponía á montar en el carruaje, de vuelta á casa, *Lavi* distinguió cerca de aquel sitio al sastre Borrajo, que le miraba sonriéndose... Fué el diestro hacia él y mirándole enojado, le dijo, con humor de todos los diablos:

—¡Usté tié la culpa de esto!

—¿Yo?—respondió el otro, sorprendido desagradablemente por aquellas inculpaciones.

—¡Claro!... ¡Me ha vestío usté de muleta y en cuanto me filaban los toros se alegraban como si yo fuera uno de su familia!... ¡Por eso no me han dejao tranquilo los pobrecillos!

## SUCESO ANÁLOGO

Refiriendo una noche varios aficionados en una mesa del café Inglés, el rasgo de valentía cometido por el *Espartero*, en Madrid, al tirar las zapatillas y echarse verdaderamente á nado para matar el cuarto toro de la corrida del 7 de Junio de 1891, que pertenecía á la ganadería de Solís, alcanzando la ovación más grande de su vida torera, uno de los presentes, evocando casos parecidos dijo:

—Yo recuerdo aún, como si lo estuviera viendo, la tarde del 8 de Septiembre de 1845, en que se celebró en Sevilla una función de toros de la ganadería de Andrade, á beneficio de Juan Lúcas Blanco.

Empezó á llover en el toro segundo y con tal fuerza continuaba en el tercero, que tanto los banderilleros como el espada tuvieron que descalzarse para terminar la faena.

—¿Y quién estuvo mejor?—le preguntaron.

—Para mí y para los buenos aficionados, Manuel García, porque hubo más decisión y más presteza, demostrando que no conoce el miedo. El otro tardó más, y no porque no tuviera coraje, sino porque se lo impedían sus facultades físicas.



## MALDICIÓN

Un chulo de malas trazas  
quería á una chulapona;  
y la chica, muy guasona,  
le largó unas calabazas

El chulo, de rabia ciego,  
le dijo así:

—¡Criatura!...

¡*Quia* Dios que te coja un Miura  
después que le pongan fuego!



## UNA OCURRENCIA

Estaban contratados para torear de temporada en Madrid José Redondo y *Curro Cúchares*, al año siguiente del en que se efectuó aquel suceso, que aún recuerdan los aficionados, de salir á matar á un tiempo un toro los dos espadas.

Venían ambos ocupando dos asientos del imperial de una diligencia, y como *Cúchares* pareciese abstraído, así que vió las agujas de las torres de las iglesias de Madrid, le preguntó Redondo:

—¿Qué tienes hombre? ¿En qué piensas?

Curro, sin vacilar le contestó:

—¡En que en la plaza de Madrid se ha perdido una corná y vamos á ver cuál de los dos se la encuentra!

## PEPE-HILLO

## I

El sol brilla desde el cielo,  
la tarde lenta declina  
y vá el público á los toros  
entre el jolgorio y la risa.  
La gente de pelo en pecho  
reúnesse en comandita,  
y lleva merienda y bota  
para estar más divertida.  
El torero, taciturno,  
hacia el coso se encamina,  
pues para servir de burla  
marcha á jugarse la vida,  
y deja llorando en casa  
todo su amor, la familia.  
Los carromatos despacio,

los de colleras de prisa,  
y en todos reina entusiasmo  
y la mayor alegría;  
porque se corren los toros  
de la casa de Gaviria,  
y siempre hicieron honores  
al rojo de su divisa.

Marcha también en calesa,  
por dos ruedas sostenida,  
una mujer arrogante  
que es asombro de la Villa.  
Lleva vestido de maja,  
con donaire la mantilla,  
y por sus conchas de encaje  
una beldad se adivina.

—¡Vaya una moza, muchacho!—  
un chispero á otro le grita.—

—Es la Duquesa, compadre,  
el interpelado avisa.—

Es la madre de los pobres  
que á todos nos auxilia,  
y sus manos son las fuentes  
de la caridad bendita.

—¿Vá á los toros?

—Ya lo creo.

Tiene afición decidida;  
y dicen que sus favores  
á Pepe-Hillo prodiga.  
—¡Válgame Dios, y qué cosas  
tiene la manolería!

En esto que otra calesa  
ábrese paso en seguida;  
sale un saludo cortés,  
y una mirada furtiva  
observan, de la Duquesa  
al torero dirigida;  
que cuando en el pecho brota  
una mútua simpatía,  
suelen demostrar los labios  
la que el corazón inspira.

## II

En dirección á la plaza  
vá la muchedumbre inmensa,  
con la bota sobre el hombro  
y en las manos la merienda;  
porque el chispero aguerrido,  
si ha de gozar con las fieras,

siempre remoja con vino  
el jamón y las chuletas.

Pepe-Hillo, su carruaje  
pone junto á la Duquesa,  
y con miradas se halagan  
y con suspiros se besan:  
él sonriente y amable,  
amable y temblando ella,  
por si alguno de los toros  
á Joselillo voltea.

El calesín del espada  
tropezando en una piedra,  
dá un vuelco tan desgraciado  
que se le rompe una rueda.

Se incomoda Pepe-Hillo  
porque son las tres y media,  
y es á las cuatro la hora  
en que la corrida empieza.  
¡Llegará tarde sin duda!...  
¡Maldita desgracia aquella!  
¿Qué hacer?... ¿Cómo se resuelve?  
¿Cómo seguir sin calesa?...

La aristocrática dama,  
que presenciaba la escena,  
al ver sano á su manolo

se sonrió satisfecha;  
y dirigiéndose al diestro,  
con voz agradable y tierna  
le dijo, dando á su rostro  
una majestad suprema:  
—Si usted admite un asiento,  
yo estaré de enhorabuena,  
pues á hombre que tanto vale  
está bien que se proteja.  
¿Sube usted?

—Pues ya lo creo,  
y muchas gracias, Duquesa,  
y Dios conserve esa cara  
que es la gloria de mi tierra.—  
Saltó con gracia el torero,  
sentóse en la vara izquierda  
y allá ván Pepe y la dama,  
causando tantas sorpresas,  
que casi todos se ríen  
con sonrisa picaresca;  
pues que los hombros del majo  
se apoyan en una pierna,  
que á juzgar por el cimienta  
debe de ser cosa buena.

Llegan los dos á la plaza;

el pueblo los vitorea:  
él saluda con cariño,  
con amor contesta ella,  
y deslizándose al suelo  
como una cabra lijera,  
se despide del torero  
y en los pasillos penetra,  
rodeada de gomosos  
que le aturden y le asedian  
con palabras importunas  
que no atiende y que desprecia.

## III

¡Aquella tarde la plaza  
semejaba un hormiguero!  
El calor era asfixiante.  
Brillaba el sol en el cielo,  
prestando nuevos encantos,  
más jolgorio y movimiento,  
porque si la tarde es buena  
y el sol nos abrasa el *cuero*,  
¡como los torillos peguen  
el entusiasmo es completo!

En un palco engalanado  
la Duquesa tomó asiento,  
entre la envidia de ellas  
y la admiración de ellos.  
Resonaron los clarines,  
salió un toro del chiquero,  
la cuadrilla que esperaba  
se repartió por el ruedo,  
y principió la corrida  
sin sustos ni contratiempos.

Pepe-Hillo, al primer toro  
le dió muerte en un momento.  
Salió á la arena el segundo,  
de muchos piés, grande y negro,  
con dos *puntales* capaces  
de causar un susto al miedo.  
Se consumaron las suertes,  
llegó el instante supremo,  
cogió el espada los trastos  
y galante y caballero  
brindó aquel toro á la dama  
de todos sus pensamientos.  
Después, ¡no fué ni observado!  
Dos ó tres pases de pecho,  
citar en la misma cara



y matarlo recibiendo.  
El entusiasmo fué grande:  
petacas, gorras, sombreros,  
puros, cigarros, mil cosas  
tiraban todos al diestro,  
el cual llegó bajo el palco  
de la Duquesa, y sereno,  
la saludó con los trastos  
y fué á retirarse presto;  
pero la noble señora,  
envolviendo en un pañuelo  
una joya de brillantes  
con sandunga tiró al ruedo.  
Adivinando el regalo,  
Pepe llegó á recogerlo,  
y al ver joya tan preciada  
se sonrió satisfecho;  
mientras en palcos, tendidos,  
y en gradas, ¡público inmenso  
aplaudía en Pepe-Hillo  
su valor y su denuedo!

—  
Desde aquella tarde célebre,  
y según pública fama,

no abandonó Pepe-Hillo  
por un momento su alhaja.  
Pendiente de una cadena,  
cuando salía á la plaza,  
era precioso amuleto  
que mil veces lo libraba,  
aunque los toros pegasen,  
de morir de una cornada.  
Y así corrían los días,  
y así los meses pasaban,  
sin que un achuchón pequeño  
le diese un toro al espada.  
Llegó, por fin, una tarde  
¡tarde triste!... ¡Fecha infaustal  
y Pepe-Hillo y su gente  
se marcharon á la plaza.  
Ya dispuestos los piqueros,  
la cuadrilla preparada,  
salió á la arena *Barbudo*,  
de piés y de grandes armas.  
Hillo mataba á la fiera  
y al pretender engañarla,  
cortó el bicho los terrenos  
y rebramando de rabia  
tiró un derrote, y al diestro

produjo tales cornadas,  
que quedó el desventurado  
rígido como una estatua,  
vertiendo de las heridas  
la sangre con abundancia.

Se acercaron los toreros;  
fueron á buscar la alhaja  
que aquella linda Duquesa  
en tiempos le regalara;  
pero por más que buscaron  
no pudieron encontrarla.  
¡El matador, distraído,  
la había dejado en casa!

## CÓMO SE VISTEN LOS TOREROS

Una de las cosas que en la profesión taurina tiene mayores dificultades, es saberse vestir bien la ropa de torear.

A primera vista no le ocurre á nadie pensar en las múltiples operaciones que hace el diestro para vestirse, á nadie preocupa; pero el buen aficionado procura saberlo, y aún más, raro es el que no tiene algún amigo de su predilección, al que le vea practicar aquellos detalles, que vamos fielmente á trascribir.

Antes de que el diestro haya de comenzar á vestirse, se coloca el vestido que ha de ponerse, en el respaldo de una silla; la casaquilla primero, el chaleco encima, y sobre el asiento la taleguilla, previamente desenfundada, como el resto del traje, de una cubierta de percalina, generalmente de color amarillo, para que no ensucie los bordados.

Sobre la taleguilla y en orden sucesivo, colócanse dos pares de medias, uno de punto de aguja y otro de seda, la camiseta, unos calzoncillos y la camisa bordada, que es de puño pequeño y cuello bajo; la faja, la pañoleta, las vendas y las zapatillas.

Quédase el diestro completamente desprovisto de la ropa que lleve, pues salvo rarísimas excepciones, son la quinta esencia de la curiosidad é higiene interior.

Se colocan los calzoncillos, que son de un corte especial y que sólo llegan á la flexura de la pierna; la camiseta después, las medias blancas y sobre estas las de seda, ajustadas y ceñidas cuanto es posible, atándolas después con las fuertes cintas del calzón interior, á fin de que no pierdan su tensión.

Después de calzadas las zapatillas, se coloca la taleguilla y hay un rato de descanso; se fuma un poco; dán algunos saltos á fin de que se ahorme bien la ropa al cuerpo y se procede á la operación que se llama *hacerse el pelo*, que se verifica por dos sistemas: ó bien entrelazando un añadido con la coleta del torero y atando á ella el moño de tela de seda, ó bien ensorti-

jando sobre una horquilla la coleta, y atándola á los extremos para sujetar el añadido postizo. Los modernos lo han arreglado de otro modo; con un cordón de goma se sujetan moño y coleta.

Acto seguido se vendan fuertemente las muñecas.

Vuelta á quitarse los tirantes y á ponerse la camisa y la pañoleta y la faja, la que generalmente tiene siete vueltas al cuerpo, sujetándose el cabo en la parte de la espalda, ensortijándola sobre la cruz de los tirantes, que es el mejor medio de que dicha prenda no se caiga y produzca en la plaza mal efecto.

Pasan después otro rato entre cigarro y broma, esperando que el coche llegue. Entonces se pone el diestro la chaquetilla y la montera, coloca airosamente el capote de paseo sobre el hombro izquierdo y cogiendo los vuelos del lado derecho, sale dispuesto á jugarse la vida, haciendo potentes alardes de valor ante la pujanza de las reses bravas, siempre dispuestas á hacer de las suyas.

Y así es, en todos sus detalles, cómo se viste un torero.

## DE CASPE

Por no recuerdo qué causa,  
ni debe aquí relatarse,  
el Quílez fué demandado  
por el juzgado de Caspe.  
—Erá Quílez buen torero,  
de valor y de coraje,  
y tenía en Zaragoza  
simpatías y amistades.

Marchó pues, al pueblecillo;  
y á poco de presentarse,  
el juez, con cara severa,  
se dispuso á interrogarle:  
—¿Se llama usted?...

—Pues, yo, Quílez,  
eso, cualquiera lo sabe.

—Y su profesión.

Torero,

pa tó lo que usté me mande.

—¿Cuántos años?

—Treinta y siete.

—¿Natural?

—De aquí: de Caspe.

—¡No quiero bromas!

—Primero

debe ser que yo las gaste.

—Su pueblo.

—¡Pues ya lo digo!

El juez principió á mirarle

y, sonriéndose incrédulo,

se calló breves instantes.

Después dijo decidido:

—¡No logra usted engañarme!

¡Como si fuera posible

torero y nacer en Caspe!



## ANTIGÜEDAD DEL QUIEBRO

Con la aparición en el mundo taurómico del excelente torero Antonio Carmona (*El Gordito*) surgieron discusiones amplísimas entre la mayor parte de los aficionados, respecto á si eran ó no de su invención algunas de las suertes que practicaba, tales como el quiebro á cuerpo limpio y la suerte de banderillas realizada con aquel aliciente.

Revolviendo papeles un bibliófilo, dió con un escrito del famoso D. Leandro Fernández de Moratín, fechado en Madrid en 1776, en el cual se encuentran las siguientes líneas:

«... en tiempo de Carlos II dos hombres decentes se pusieron en la plaza delante del balcón del Rey, y fingiendo hacer que hablaban, sin mover los piés del suelo, se libraban del toro cuantas veces les acometía, al cual burlaban con un *quiebro* de cuerpo...»

## LOS MANDAMIENTOS

Los mandamientos del torero son diez.

Hagan ustedes el favor de irse enterando:

El primero.—Amar al arte sobre todas las cosas.

El segundo.—No jurar que en las corridas han de hacerse cosas, si es en vano.

El tercero.—No desperdiciar fiestas.

El cuarto.—No acordarse en el redondel de su padre y de su madre.

El quinto.—No matar de estocadas en los brazuelos ni á traición.

El sexto.—No fornicar... al público haciéndose pesado en las faenas que practique.

El séptimo.—No hurtar á las empresas, poniéndolas demás en los ajustes.

El octavo.—No mentir ovaciones, cuando no

se han tenido más que patatazos, ladrillazos y otros excesos.

El noveno.—No desear las contratas del prójimo, y

El décimo, contentarse con lo que cada uno puede y sabe y no codiciar, por tanto, llegar á donde no puede.

El que consiga emplear  
y practique esta doctrina,  
llegará sin vacilar,  
al límite singular  
de la profesión taurina.

## EL ÚLTIMO ARRANQUE DEL TATO

Todos recuerdan aún la desgraciada tarde del 7 de Junio de 1869, en que murió para el arte Antonio Sánchez (*El Tato*) á consecuencia de la herida que le produjo el toro *Peregrino* de D. Vicente Martínez.

Momentos antes de la cogida, Mariano Antón, que con el *Cuco* y Muñiz eran sus banderilleros, estaba advertido de la colocación en que el toro se encontraba, y queriendo volverle para colocarle mejor, dijo:

—¿Entro?

—Déjalo, Mariano, que este *arrastrao* quiere morir ahí.

¡Instantes después, el desgraciado Antonio entraba en la enfermería para no volver á vestirse más de torero!...

## EL RESERVA

No recordamos bien si fué á Lagartijo ó á Frascuelo: lo cierto es que á un espada de estos le recomendó cierto amigo querido un picador sin contrata.

El diestro se encontró en un verdadero compromiso; la recomendación era de esas que se imponen, ineludible, y él tenía ajustados desde muchos meses antes los individuos que componían su cuadrilla. Buscó la manera de librarse de aquel lío, pero no pudo encontrar medio lógico y el picador recomendado entró en la cuadrilla en calidad de reserva.

—Que se vista todas las tardes—pensó el espada—y le pagaré como si hiciera algo de provecho.

Principió la temporada taurina y las corridas se sucedían unas á otras—Pero Grullo auténtico—sin que los picadores tuvieran que lamentar

porrazos de esos que cuestan meses de cama. Todo iba perfectamente y el reserva no tenía ocasión de probar la pujanza de su brazo ni los varoniles alientos que le animaban.

Alguien ha dicho que no hay bien ni mal que cien años dure, y este refrán sarcástico é intencionado como él sólo, se cumplió cierto domingo del año... (pongan ustedes la fecha que más les guste, y despachados).

Aquella tarde, los toros del Duque de Veragua pegaban de lo lindo... ¡Como que en el primer tercio de la corrida fueron dos picadores á la enfermería!

Hubo un momento en que la plaza semejaba un infierno: el público gritaba entusiasmado, viendo tendidos sobre la arena seis caballos y los dos picadores con la garrocha al hombro dirigirse hacia la cuadra, en busca de nuevas monturas...

—¡Caballos!... ¡picadores!... ¡caballos!—pedían los espectadores, admirados del valor y el coraje del toro.

Un alguacil corría por entre barreras: llegó á la cuadra y sofocado por la violencia de la marcha, gritó desde la puerta:

—El reserva... ¡á la plaza pronto!...

El reserva, que no era otro que el recomendado con tanto empeño al espada, permaneció inmóvil como si no hubiera escuchado la enérgica orden de la autoridad.

—De parte del señor presidente— volvió á decir el alguacil—que salga usted á la plaza.

Aquella vez el picador pareció haber entendido; pero lejos de moverse, sujetó al penco por las riendas y dijo con una calma asombrosa, y como si se tratase de lo más natural del mundo:

—Pues conteste usted al presidente que no voy...

—Salga usted al momento.

—¡No me da la gana!...

La negativa del picador tenía asombradas á todas las personas que presenciaban aquella escena... ¿Si estaría borracho aquel demonio de hombre?...

El público se impacientaba; el toro codicioso y creciéndose al castigo esperaba nuevas ocasiones para mandar jamelgos al otro mundo... (si es que para los caballos hay también otra vida.) La bronca iba tomando proporciones aterradoras.



Violentamente se abrió la puerta de barreras, entrando el espada en busca de picadores.

—Vamos, hombre—dijo al reserva.—Ahora ha llegado el momento.

Silencio completo en el aludido.

—¿Oyes lo que te digo?—volvió á decir el diestro.—A la plaza, y buenos puños, que el bicho pega fuerte.

El reserva, sin perder un momento su calma, movió la cabeza negativamente.

—¿Soy *picaor* de tanta ú reserva?—preguntó.

—Reserva, hombre.

—Bueno; pues si soy reserva, ¡claro es, que debo reservarme!...

Y se reservó, porque no hubo cristiano que le obligara á ponerse delante del toro.



## BUENA LECCIÓN

Entre las competencias taurinas entre diestros, ninguna tan fecunda ni tan aprovechada como la que sostuvieron en sus tiempos Pepe-Hillo y Pedro Romero.

Ambos diestros se esforzaban por complacer á los públicos, sin que les animaran odios personales ni rencillas mezquinas.

Por lo menos, así lo demuestra el hecho siguiente:

En cierta ocasión los entusiastas admiradores de Romero, hablando con este diestro procuraban censurar á su enemigo, encontrando malo todo lo que hacía Pepe-Hillo.

Romero, que escuchaba disgustado á aquella colección de aduladores serviles, protestó en el acto diciendo:

—«Señores, no murmurar de los ausentes. Lo que Dios ha quitáo á Pepe-Hillo de fuerza se lo ha dáo de gracia y de vista, conque, ¡en paz!»

## POR UN REGALO

Entre las aficiones de *Lagartijo* ocupa preferente lugar su cariño por los buenos gallos de pelea. El dinero que ha perdido en apuestas alcanza una suma respetable, y ha habido un tiempo en que su colección de jacas y pollos era la más completa entre todas.

El aplaudido matador era casi feliz por aquel lado; y decimos casi, porque á que lo fuera completamente se oponía el motivo que diremos á nuestros lectores.

El picador Onofre, que pertenecía á la cuadrilla de Rafael, tan aficionado á los gallos como el maestro, era dueño de un ejemplar magnífico, valiente y duro, que salía triunfante en cuantas peleas le metían.

Molina estaba enamorado de aquel gallo: era su ilusión constante. Primero con halagos, luego

con ruegos, y hasta creemos que con amenazas procuró que el picador le cediera el animalito. ¡Todo inútil! Onofre se negaba siempre, contestando al tenaz demandante:

—Maestro, pídamme usted la vida, pero no me pida el gallo.

Y de este modo continuaron largo tiempo, sin que ni uno ni otro cesaran un punto.

*Lagartijo* llegó á preocuparse hondamente; aquel bicho representaba para él la ventura y la tranquilidad... Necesitaba tenerlo á toda costa, y se dispuso á adquirirlo, fuera como fuese.



*Lagartijo* estaba hecho un héroe, había realizado primores con el capote, entusiasmando al público con aquellas largas inimitables, que aún hoy constituyen su mejor adorno.

El toro estaba en el anillo, noble, valiente, desafiando con su cabeza erguida y hermosa. Rafael aprovechó el momento y ordenó á Onofre que entrara en suerte. Cuatro segundos después, caballo y jinete caían violentamente, despedidos con fuerza por el arranque brutal de la fiera.

El picador cayó al descubierto. Los espectadores se pusieron derechos, impulsados por el temor de una desgracia inevitable. Rápido como el rayo, *Lagartijo* tendió su capote ante la cara del animal, y volviéndose al picador, que estaba más muerto que vivo, le gritó:

—Onofre, ¿el gallo ó la vida?

—El gallo y la gallera si la quiere usted,— repuso el picador, temblando como un condenado á muerte.

Rafael levantó el capote llevándose al toro, en medio de una atronadora salva de aplausos.

Aquella tarde fué una de las más felices del diestro cordobés. Había conseguido con una argucia inocente, el gallo que tantos sinsabores le había costado.

—A la orden de usía.

Volvió el presidente la cabeza, y sin responder al saludo, le dijo con acento grave y pausado:

—Tiene usted cinco duros de multa. Le he visto á usted picar seis veces en el mismo sitio.

*El Naranjero* abrió un palmo de boca asombrado por aquel recibimiento y rascándose la greñuda pelambre de su cogote, objetó:

—Los pagaré, señor; pero, ¿qué harán con la inconsecuencia, si multan la *constancia*?...

## LA CUNA

Cogió un diestro los trastos de matar y después del brindis reglamentario se fué hacia el toro.

El bicho era de cuidado, no precisamente por sus malas cualidades, sino por las condiciones de sus astas, grandes y anchas, que tenían bastantes puntos de semejanza con las horcas de aventar trigo.

Estirando mucho el brazo, principió su faena el matador, haciendo verdaderos esfuerzos para librarse de aquellos cuernos monumentales.

Uno de esos *catedráticos* que nunca faltan en las corridas de toros, se levantó del asiento, y disgustado por una faena que no entendía, gritó al espada:

—¡Acérquese usted más á la cuna!

El aludido volvióse hacia donde había sonado la voz y dijo, señalando la cabeza del toro:

—Camará, esto no es cuna... ¡Esto es una cama de matrimonio!

## LA PERLA

En un café donde no hace muchos años se reunían algunos pintores y literatos, los cuales de vez en cuando acostumbraban á ser visitados por varios toreros, se suscitó cierto día una polémica sobre el valor de las pinturas encerradas en el Museo.

Callándose como un muerto, presenciaba la discusión un banderillero perteneciente á la cuadrilla de Frascuelo... El no entendía una palabra de todo aquello, pero le entusiasmaba el talento de sus amigos.

De pronto uno de ellos, deseando poner fin al debate, dijo resueltamente:

—Dejémonos de cuestiones. Todos esos cuadros que ustedes nombran valen mucho; pero *La perla* de Rafael vale más.

¡Asentimiento general!... ¡*La perla* no tenía

precio!... ¡Era la honra de Rafael!... ¡Así lo había reconocido todo el mundo!

El banderillero, que nunca había oído hablar de aquello, se dirigió asombrado á sus amigos y les preguntó, serio como la estatua del Comendador:

—¿Y sobre cuánto valdrá esa alhaja de *La gartijo*? porque también Frascuelo las tiene de ¡olé!...



## PRUDENCIA

Cuando *Guerrita* no era lo que hoy es, mejor dicho, cuando andaba por las provincias matando bien ó mal por muy poco dinero, le hicieron proposiciones ventajosas, si quería torear en la plaza de Cartagena.

Con mil amores admitió el diestro, que no era cosa de despreciar aquellas monedas que se venían á las manos.

Uno de los alicientes del espectáculo debía de ser un toro rejoneado por cierto caballero *portugués...*, muy conocido en Madrid por los maletas sin contrata.

El *Guerra* iba de *jefe* de cuadrilla; para matar el toro rejoneado le era preciso un medio espada, y después de pensarlo despacio contrató á *Taravilla*, novillero que por entonces gustaba mucho.

\*  
\* \*

Estamos en Cartagena y en el día de la fiesta.  
El caballero (?) terminaba de rejonear el toro,

adornándole el morrillo con tres ó cuatro palitroques llenos de banderas y cintas. Sonaron los clarines y terminó la suerte en medio de grandes aplausos.

Cogió *Taravilla* los trastos y después del brindis se fué al toro, que se *acostaba* hacia el lado derecho, como todos los rejoneados.

Con desconfianza principió á pasarlo el diestro, porque el torito estaba de cuidado, alargando la cabeza que era un encanto.

Principiaba el público á impacientarse, demostrando con silbidos su impaciencia. El matador estaba sufriendo una bronca, injustificada seguramente, si se hubiesen tenido presentes las deplorables condiciones de la fiera.

*Guerrita* comprendió que si aquello no mejoraba no era fácil que le contratasen otro año, y acercándose á *Taravilla* le gritó encolerizado:

—¡Vamos, hombre, haz por el toro!

El aludido volvió la cabeza, y sofocado por la bronca del público y por la reprensión del maestro, le repuso entre tono altanero y acongojado:

—¡Que haga el toro por mí, que en igual caso estamos!

## DOS MAESTROS

Pues, señor — y no va de cuento, sino que de historia verdadera se trata;— el caso es que el maestro de escuela de un pueblecillo inmediato á Madrid, decidió, no hace muchos años, pasar algunos días en la corte. El hombre estaba harto de chiquillos intemperantes y cabezudos, que no aprendían una letra aunque los mataran.

Tomó, pues, el camino y paso á paso se dirigió hacia Madrid, descansando en las ventas y mesones que encontraba.

Como hemos dicho al principio de esta verídica relación, el pueblo no estaba muy lejos; pero tantas fueron las paradas, que si bien el viajero emprendió la marcha al asomar por oriente las primeras tintas de la mañana, las doce estaban al caer cuando el maestro llegó á la calle de *Ministriles*, donde habitaban unos sus parientes.

Era domingo, y día de toros, como es de presumir, que sólo por ver esta clase de espectáculos viene un hombre mal alimentado seis horas de camino, sin más cabalgadura que unas botas anchas y viejas.

Las crónicas no cuidan de reseñar el recibimiento entusiasta que al pedagogo hicieron sus parientes; pero es de presumir que sería bueno, cuando su cuñado le convidó á presenciar la lidia de los seis toros que esperaban la hora en los chiqueros de la plaza.

Allá se fueron los parientes después de haber comido; y aun cuando en el yantar no hubo esplendidez ni mucho ménos, al maestro le supo de perlas la comida, comparándola con el ayuno que le obligaban á guardar las autoridades del pueblo donde ejercía.

Llegaron á la plaza, acomodándose en el tendido lo mejor que pudieron.

El lugareño estaba entusiasmado... ¡Aquel barullo colosal le encantaba!... Vaya un gentío alegre y vaya una envidia que iban á tener los del pueblo en cuanto les contara—exagerándoles un poco—las impresiones de aquella tarde primaveral.

Las cuadrillas hicieron el paseo, siguiendo á los alguacilillos, que sobre hermosos caballos rompían la marcha, altaneros y elegantemente ataviados. El sol, reflejando sobre el oro de los trajes, arrancaba un millón de luminosos destellos brillantes y vivísimos...

El pobre maestro miraba asombrado tanta riqueza y tanto lujo... ¡Jesús, si darían de empeño por aquellos vestidos!...

—Cuánto deben ganar los toreros, ¿verdad?  
—dijo á su compañero el maestro.

—Mucho—le contestó éste.

—¿Sobre cuánto?

—Pues mira, el espada cobrará lo menos mil duros por corrida... Bien es verdad, que el día ménos pensado le coge un toro, y ¡buenas noches!... Es muy expuesto.

El pedagogo abrió la boca asombrado, al oír una suma tan enorme, y repuso, alucinado por la enormidad de la ganancia:

—¿Y eso, qué importa?... Más vale morir de una cornada que de un dolor de estómago,.. ¡como yo moriré cualquier día!

## UN ARRANQUE

Toreaba *Lagartijo* en Valencia, y al volver á la fonda, un inglés que se hospedaba en ella se llegó al diestro todo entusiasmado y le dijo:

—Mr. Lagartico, ¿osté querer favorecerme y darme un borlo de su traje, para mí enseñarlo á las flamencas de mi país?...

—Con mucho gusto,—repuso el maestro; y echando mano á un hombrillo, se arrancó una borla de lentejuelas y oro.

—¡Oh, gracias, señor!..—El inglés, no sabiendo que hacer, saca la cartera y tomando un billete de mil francos, se lo alarga al diestro, que le dice:

—Eso, *señó Misló*, lo emplea *osté* en *mercá* cotufas para las *Misloras*, que también serán una noveá en su tierra.

¡El inglés se quitó el sombrero y desapareció avergonzado!...

## LOS AJUSTES

### Á PRINCIPIOS DE SIGLO

De un documento que tenemos á la vista, referente á la escritura que hizo Pepe-Hillo para torear cuatro fiestas de toros, tomamos los siguientes detalles:

«Las funciones habían de celebrarse en la ciudad de Segovia, los días 22 y 26 de Agosto y 9 y 11 de Septiembre de 1801.

Los espadas que habían de torearlas eran Joseph Delgado *Hillo*, José Romero y Antonio de los Santos, ayudados de seis banderilleros y un mozo de mulas.

El número de toros que en ellas habían de jugarse era el de 40.

El precio convenido, aparte de la manutención, fué el de 36.000 *reales* para toda la cuadrilla, excepto los picadores, los que, como es



sabido, se ajustaban aparte por las juntas y empresas.

Las corridas se hicieron después sin el segundo espada, pues para aquella fecha había muerto.

\*  
\* \*

Hoy han cambiado las cosas, hasta el punto de haber ganado *Frascuelo* en la corrida de su despedida ¡¡¡seis mil duros!!! por matar tres toros.

¡Los sabrosos comentarios que de esto se deducen quedan á juicio de los aficionados!



## LOS CONCHAS

Hallábanse por el año de 188... toreando en Valencia los diestros *Lagartijo*, *Frascuero* y *Cara-ancha*, residiendo los dos primeros, como siempre, en la fonda de Villarrasa.

A Rafael es punto ménos que imposible sacarlo de la fonda después de torear. Llega, des cansa, come y ó bien juega una partida al dominó ó á la malilla, atravesando como cantidad lo que importe el café, ó tomando una silla se recuesta sobre su respaldo y allí, á la puerta de la calle, espera á que suenen las doce, en que se retira.

A Salvador le pasaba, estando en activo, lo contrario. No bien cenaba, se ponía, como ellos dicen, *de moños*, y se marchaba á pasear hasta entrada la madrugada muchas veces.

El día á que nos referimos, Rafael, hablando

y hablando, oyó dar la una en la plaza de Villarrasa.

En esto llega Salvador, acompañado de varios amigos.

—¿Por qué andas por ahí hasta tan tarde? ¿No sabes que mañana nos esperan los Conchas?—dijo Rafael.

—¡Quiá, hombre!—repuso Salvador.—Si el uno está en Madrid y el otro murió en la guerra.

—Tienes razón,—contestó Rafael,—pero estos de que yo te hablo son sus *hereéros*...

## SUERTE NUEVA

No es cuento, por más que á primera vista lo parezca, el hecho que vamos á referir. Ocurrió hace bastantes años en una de las provincias aragonesas, y aun cuando nosotros señalamos á Huesca como lugar de acción, prometemos no enojarnos si alguien, con memoria más privilegiada, nos prueba que el suceso *tuvo lugar* en algún otro punto.

El dueño de la plaza de toros, que era á la vez empresario, recibió en cierta ocasión una carta escrita sobre un pliego mugriento y ajado, con letras gordas y desiguales, que parecían hechas con una caña. A juzgar por aquella muestra no debía de ser gran calígrafo el autor de la epístola; pero como quiera que todo lo desconocido siempre es origen de curiosidad, el empresario, á quien designaremos con el nom-

bre de Pedro, principió á leer trabajosamente el expresado escrito.

Cuando terminó la lectura, la cara de don Pedro representaba la prueba más elocuente del asombro y de la duda... ¿Sería posible ó se trataba de una broma?... El bueno del empresario afianzó las antiparras sobre el acentuado cabelle de su nariz de lorito y volvió á leer en alta voz:

Sr. D. Pedro Escobar.

En presario

«Mu señor mío: Soiun di Estro Madrileño ca-  
 »venho á Uesca padar una corria de toros  
 »compuntas. Soi mataor decartely acreditáo  
 »puhes mataré un buró con grillos en los piés.  
 »Meo shpedo hfonda Espana cu hartoseis.

»*El Costras.*»

Sorteando con habilidad los disparates ortográficos de aquella carta, pudo enterarse el empresario de que un diestro madrileño se ofrecía gustoso á dar una corrida, prometiendo el incidente nunca visto de matar un toro llevando grillos en los piés.

Su talento vió pronto el negocio si lograba contratar al torero; precisamente hacía mucho tiempo que en Huesca no tenían toros y los aficionados estaban con unas ganas de verlos...

D. Pedro se puso el sombrero, empuñó el bastón y saliendo á la calle se dirigió rápidamente á la fonda de España.

Por cierto que si hemos de ser cronistas imparciales, nuestra conciencia nos manda decir que el hombre no las tenía todas consigo. Lo extraordinario de la suerte le escamaba un poco. ¿No sería la carta una broma pesada? ¿Existía realmente el *Costras*?...

Momentos después pudo salir de dudas; el torero estaba esperándole en el cuarto número seis.

Subió, pues, D. Pedro, y empujando la puerta del gabinete señalado con aquel número, se encontró frente por frente con el autor de la carta.

Por cierto que no era muy elegante, que digamos, la figura del torero. Vestido modestamente, sus pantalones estrechos aprisionaban dos piernas delgadas hasta lo inverosímil. La chaquetilla corta, que allá en sus mocedades no habría tenido mala vista, era en la época á que

nos referimos un montón de remiendos hábiles, de telas de diversos colores... El tipo del *Costras*, en conjunto, venía á ser el de uno de esos tomadores acreditados que pasan media vida apoderándose de lo ajeno y la otra mitad purgando su falta en el *Abanico*.

D. Pedro se descubrió preguntando con amabilidad:

—El Sr... *Costras*?

—Servior de usted,—contestó el chulo, inclinándose grotescamente, para devolverle al desconocido su respetuoso saludo.

—Celebro tanto conocerlo. Yo soy el empresario Sr. Escobar, á quien usted ha enviado una carta, haciéndole ciertas proposiciones...

Al *Costras* le hizo efecto aquella presentación. Cogió una silla, presentándola al *caballo blanco*, y dijo, mientras cerraba la puerta del cuarto.

—Vamos, hombre... si cuando digo que los aragoneses han sío siempre mu barbianes. *Asiéntese*, D. Pedro, y eche por esa boca de serafín.

El empresario agradeció el piropo y se puso en guardia contra las gatadas de su compañero.

—Pues sí, he recibido la carta.

—Bueno ¿y qué?

—Desde luego haremos negocio si usted se atreve á matar un toro...

—¿Con grillos en los pies?... ¡Anda la Biblia!... Si eso es más facil que cobrar la guita... Lo mataré, si señó.

—Convenidos. ¿Cuánto quiere usted ganar?

—Eso lo hablaremos más despacito...

Y lo hablaron; pero son detalles que no nos interesan y pasaremos por alto la escena.



Dos días después de aquella entrevista, por las anunciadoras de la ciudad quedaron fijos grandes cartelones, donde con tinta encarnada se anunciaba el espectáculo en esta forma:





PLAZA DE TOROS DE HUESCA

—  
GRAN FUNCIÓN PARA HOY

PRESENTÁNDOSE EL CÉLEBRE DIESTRO

**Gervasio Hernández**

*(El Costras)*

EL CUAL MATARÁ UN TORO CON GRILLOS

EN LOS PIÉS

Por medio de prospectos se darán más detalles.

Como había supuesto el empresario, este anuncio produjo gran efecto. Los comentarios fueron muchos y aun los aficionados de posición



modestísima juraron hacer un sacrificio para contemplar aquella suerte nunca vista.



El domingo, día señalado para la corrida, lució el sol con toda su fuerza: el cielo estaba sereno, sin que una pasajera nubecilla apareciese en el horizonte.

A las dos de la tarde se abrieron las puertas de la plaza y á las tres principiaba el espectáculo. Priméro, algunos titiriteros ejecutaron ejercicios de fuerza, saltando por la arena del circo, con la facilidad de pelotas de goma.

Pero aquello no satisfacía á los espectadores, que aguardaban con anhelo la gran novedad. Así es que cuando los gimnastas se retiraron, una corriente de satisfacción conmovió á aquel público heterogéneo y abigarrado.

Salió la cuadrilla, compuesta de aficionados de aquella ciudad, y al frente, vistiendo con traje mugriento, sucio y raído, marchaba la escueta figura del *Costras*, moviendo con dejadez su cuerpo de alambre.

Un toro negro, de pocos años pero de mu-

cho coraje, salió al ruedo. Los espectadores se aburrieron soberanamente con la faena de los diestros improvisados que no se acercaban al bicho por nada de este mundo y tomaban el olivo locos de terror apenas el toro movía el rabo.

Tocaron á banderillar, y *Costras*, haciendo aspavientos, sin arte y con gran exposición clavó dos pares... á la atmósfera y un palo en el hocico de la fiera.

El público principió á escamarse desconfiando mucho del *diestro*; pero entre barreras estaba el empresario, sosteniendo el par de grillos con los cuales se había de ejecutar la última suerte, y esto tranquilizaba á todos.

Llegó el momento supremo. El público respiró con alegría. ¡Por fin!...

Había brindado *Costras* y se dirigió á donde estaba D. Pedro, esperando para colocarle los grillos; pero cuando todos esperaban el resultado observaron que entre el diestro y el empresario se suscitaba una acalorada discusión. Ambos manoteaban como locos, con ademanes furiosos y amenazadores, hasta que el *caballo blanco* se llevó las manos á la cabeza con la mayor amargura.

—¡Me ha perdido usted, granuja!—gritaba.

—Yo cumplo siempre lo que prometo—respondía *Costras*.

—Pues vaya usted á cumplir su obligación. Usted ha prometido matar con grillos en los pies.

—Sí, señor: con grillos en los pies del toro—contestó el maleta con serenidad, dando media vuelta y sentándose en el estribo.

La desvergonzada contestación del torero recorrió la plaza en un segundo. El público comprendió el engaño y el escándalo no tuvo límites: la plaza se llenó de botellas y de naranjas, mientras el presidente mandaba á la cárcel al *Costras*, en medio de una pareja de la Guardia civil, no sin que antes le alcanzaran dos ó tres botellazos de primer orden.

¡Por algo había dicho á D. Pedro que *matar un toro con grillos en los pies* era más facil que cobrar la guita!

## MEDICINA EFICAZ

(*Histórico.*)

El espada *Chiclanero*,  
diestro de mucho valor,  
contrataba á un picador  
muy valiente y muy torero.

Y haciendo su apología  
delante de mucha gente,  
pensando muy cuerdamente  
de este modo les decía:

—Me servirá de pistón,  
pues en cuanto viste el traje  
no hay nadie que le aventaje  
en brazo y en corazón.

Gallardo *tié* siete vidas;  
simpatías bien ganadas,  
¡y se cura con palmadas  
el dolor de las caídas!

## LA MUERTE DE UN VALIENTE

Es poco conocida la trágica muerte que tuvo el excelente torero cordobés D. Rafael Pérez de Guzmán.

Acaeció ésta el 14 de Abril de 1838, viniendo para Madrid, desde Sevilla, después de tres semanas de fatigoso camino.

Las cuadrillas de Montes y Guzmán atravesaban los llanos de la Mancha, y en el paraje cercano á la Guardia, llamado *Carrocaña*, á la bajada de la meseta del *Madero*, tuvieron todos un encuentro con la partida latrofaciosa de los Palillos.

En tal ocasión, obstinado Guzmán, quiso batiirse cuerpo á cuerpo con los bandoleros, quienes lo conocían y le intimaron varias veces á rendirse; pero él, con un estoque de su profesión, los atacaba con diestra mano, mostrando

heróico esfuerzo ante sus contrarios, canallas miserables, sin ley y sin honor.

Un trabucazo le mató el caballo: el animal cayó revolcándose en su sangre, y entonces el diestro, luchando á pie firme con valentía y denuedo, tendió á sus pies á varios enemigos. Un certero golpe de lanza le atravesó el corazón y el desgraciado murió acribillado por más de cuarenta heridas mortales, pero sin soltar el estoque, ¡sujeto nerviosamente con sus dedos crispados!

## UNA INGENIOSIDAD DEL REGATERÍN

Entraba una noche en el café Suizo de Sevilla el matador de toros *Frascuelo*, ricamente vestido y mejor alhajado, hasta el punto que llamó la atención de las gentes con sus botones de brillantes, su cadena cuajada de las mismas piedras y sus sortijas.

Llegóse á la mesa en que estaba la cuadrilla, por entonces compuesta de Pablo Herraiz, *Regaterín* y Valentín Martín, y mientras que el maestro se acercaba á dar un recado particular al Sr. Pablo, uno de los que estaban en la reunión hubo de decirle á Victoriano:

—¡Camará! ¿y todas esas piedras son tuyas?

—En cuanto á lo de ser tuyas, sí,—«dijo Victoriano;—en cuanto á lo de ser muchas no:»  
«Aquí no se ha traído más que el escaparate.  
¡La tienda se la ha dejado en casa!»



## ENCARGO A TIEMPO

*Lagartijo* es seguramente uno de los toreros que más cariño tiene para su familia, á la que adora con el alma. Corazón grande y generoso, ha procurado antes el bienestar de sus parientes que el suyo propio, gastándose con ellos muchos de los millones que ha ganado.

Entusiasmados todos ellos con la notoriedad del célebre espada, procuraron en distintas ocasiones imitarle, vistiendo el traje y lanzándose al ruedo. Pero como la afición á los toros es una incógnita que sólo puede resolverse cuando uno está cerca de ellos, de ahí que los diestros anden escasos y de que la mayoría de los parientes de Rafael Molina se hayan convencido de que no sirven para el caso.

En Córdoba tenía un sobrino *Lagartijo*, aficionado, loco por el arte, y siempre que el



maestro volvía á su país, allá iba el sobrinito, mendigando protección en nombre de su tía, santa madre del célebre espada.

—Señó Rafael,—decía el pedigüeño, con un acento melancólico que llegaba al alma:—póngame usted en la novillada del domingo.

—Ya veremos, hombre, ya veremos— contestaba invariablemente, halagado por las arrai-gadas aficiones del mozo.

—Hágalo usted por la gloria de mi tia, que se lo premiará desde el cielo.

Rafael no pudo más: el recuerdo de su cariñosa madre acalló sus naturales escrúpulos, y conmovido en extremo, respondió á su sobrino.

—Bueno: avía ropa, que el domingo torearás. Ten mucha vergüenza y ¡duro!

La satisfacción de Rafaelillo (porque en Córdoba casi todos los flamencos se llaman Rafaelles), no tuvo límites. ¡Había conseguido sus propósitos!

En un momento se imaginó el muchacho convertido en torero de fama, ganando los millones con la facilidad que su tío. Los maletas, con quienes de ordinario se reunía, le tuvieron una envidia enorme, negando rotundamente las

facultades del improvisado matador, y lamentándose de que el maestro no protegiese en ellos el verdadero mérito.

Llegó el domingo, día señalado para la corrida. Desde las doce de la mañana estaba vestido el futuro matador, y como no era cosa que la fecha de su alternativa quedase olvidada, mandó llamar á un fotógrafo para que le retratase.

El artista, cumpliendo los deseos del *diestro*, le hizo varios retratos. En unos, aparecía Rafaelillo en actitud de dar una verónica; en otro, estaba apuntando para matar; en aquélla brindaba, con la montera en la mano, mirando á la presidencia, que se suponía fuera de la fotografía... ¡Nunca se creía satisfecho, suponiendo que pronto iba á necesitarlos para sus admiradores!

El anuncio de que toreaba un sobrino de *Lagartijo* llevó aquella tarde á la plaza un público numeroso. La entrada era un lleno, capaz de satisfacer al empresario más exigente.

Mientras la música tocaba un paso doble salieron las cuadrillas, llevando á la cabeza á los matadores. Rafael Molina, que desde luego adivinaba cuanto su sobrino podía dar de sí, se

colocó entre barreras, dispuesto á animar al muchacho con las lecciones aprendidas en tantos años de oficio.

Salió á la arena el primer toro. El aprendiz estuvo á punto de desmayarse: le pareció el animal más grande que había visto en su vida. Sin embargo, se armó de valor, continuando su faena.

Sonaron los clarines anunciando la hora suprema. A Rafaelillo le parecieron los ecos del metal más tristes que el eco de agonía.

Brindó como Dios le dió á entender, encaminándose luego á donde estaba el toro. La cara de Rafaelillo parecía la de un cadáver; desde lejos principió á pasar, desconfiado y receloso, sufriendo desarmes y coladas.

El público principió á regalar al muchacho una bronca de primera fuerza. Rafael, nervioso y violento, gritaba al aprendiz, mirándole con ojos amenazadores.

—¡Anda, cobarde, que me estás desacreditando!... Levántale la cabeza... Ponte más cerca... ¡Con la izquierda!

De pronto, el animal, harto sin duda de aquél escándalo, se cuadra.

—¡Ahoral—grita Rafael.

El aprendiz dobla la muleta sobre el pico del palillo, disponiéndose á matar... ¡ó que lo maten!... mira á Rafael y le dice muy compungido, con una cara de miedo que daba lástima:

—Señó Rafaé... ¿quíé usté argo pa mi tía?

Un minuto después entraba á matar, siendo volteado por el toro.

Afortunadamente, para curarlo sólo emplearon vino de los Moriles; pero la lección resultó provechosa y Rafaelillo se cortó para siempre la coleta.

## DIÁLOGO

En la plazuela de Oriente  
se disputaban dos chulos,  
sin que las mútuas razones  
convencieran á ninguno.

Los dos eran novilleros  
y tenaces y tozudos,  
hablaban de las corridas  
que tenía cada uno.

Pus yo, decía el primero,  
si no me mata un morucho,  
voy á ganar más pesetas  
que tié Felipe segundo.

—¿Y tú?

—Yo lidio más toros  
que *El Espartero* y el Nuncio,  
y si alguno no me pincha,  
me apaño, te lo aseguro.

—Los dos semos mu valientes.

—¡Eso; y que valemos mucho!

—¡Como yo coja los blandos!...

—¡Pues si agarro yo los *duros!*...

## AYER Y HOY

Nos lo encontramos recostado indolentemente en la pared del café Imperial. Estaba tomando el sol, con las rugosas manos, belludas y tostadas, metidas en los bolsillos del pantalón.

Nos saludó afectuosamente al vernos. Pinto era hombre cumplido y cortés con las personas de su particular estima y consideración.

—Buenas tardes, *Pinto*,—le dijimos.—¿Qué se hace?

—Pus aquí me tién ustés tomando la chicharra.

—¿Y no pica mucho el sol?

—¡Ya lo creol!... Pero deje usted que pique. ¡Más he picao yo en este muudo... y vivo!

Seguimos hablando con él algunos momentos y la conversación recayó ¡naturalmente! sobre el arte de los toros... ¿De qué otra cosa

podrán hablar un picador retirado y dos revis-  
teros en activo servicio?

Pinto no podía ser contrario á una ley univer-  
sal y echaba pestes contra el toreo moderno,  
poniendo, en cambio, sobre las nubes el arte y  
el valor de célebres espadas que ya murieron.

Más por diversidad de criterio, que por lle-  
varle la contraria, nosotros procurábamos poner  
las cosas en su punto, manifestando lo bueno y  
lo malo de unos y de otros.

Nuestra argumentación debió de ser rotunda,  
porque Pinto se descompuso, y sacando las  
manos del bolsillo del pantalón dijo resuelta-  
mente:

—Desengáñense ustés; el toreo está perdido  
ende que los picaores se esayunan con chocolate.  
En mis tiempos, con un jigo y una copa de Caza-  
lla ¡ar pelo!... Pues ¿y las herías?... ¡Yo sólo me  
tengo curás treinta con estopa y espíritu; y  
ahora tóos llaman al médico pa que les recete  
el *finico*, el *fénico*, el *zublímao* y otras porque-  
rías!... Valientes gachós están hechos...



## LA LIMPIEZA

Toreaban juntos en... *Lagartijo* y *Frascuero*.

El *negro* estaba matando el sexto toro, y aprovechando este momento, *Lagartijo* llegó al distinguido aficionado D. Vicente Andrés, que siempre guardaba en su barrera el capote de Salvador, y se le pidió, llegándose hasta el toro, con el capote al brazo, oculto en la espalda.

Salvador, en una de las ocasiones precisas, dijo:

—¡Una vuelta al toro!...

Entonces Rafael, desplegando el lujoso capote, lo echó sobre el morrillo del toro y dejó perdida tan rica prenda.

—¡Vaya una gracia!—dijo Salvador.

—¿Te enfadas por lo que te cuesta?—preguntó Rafael.

—No, hombre, no; es que no me van á querer mirar las mujeres, por sucio, cuando salgamos.



## LA VERGÜENZA TORERA

Preguntaban un día á *Frascuero*, después de enumerar en un círculo de amigos sus innumerables cogidas:

—¿Qué herida ha sido la que le ha producido á usted más dolor?

*Frascuero* no tardó en contestar:

—Aquella por la que me obligué á no torear en mucho tiempo en la plaza de Madrid.

Salvador aludía al propósito firme que se formó una tarde, de no torear en Madrid en mucho tiempo, por haberle silbado injustificadamente en la faena de un toro...

## UNA COMPETENCIA FAMOSA

Allá por los años de 1778 sostuvieron por las plazas de Andalucía una tenáz competencia los dos colosos de la tauromaquia, Pedro Romero y José Delgado *Hillo*.

Juntáronse una vez en Cádiz, y era de ver á los aficionados admiradores formular apuestas y augurios sobre el mejor éxito de sus patrocinados.

Supieron que Pepe-Hillo había encendido velas á las Animas para que la función anunciada no se suspendiese. y así era efectivamente.

La noticia llegó á oídos del otro bando y se lo dijeron á Romero. Este, con su imperturbable tranquilidad, dijo:

—Será porque mi compañero huele ya á difunto.

La tarde de la corrida no se hizo esperar...

¡Qué de primores hicieron ambos espadas y qué de aplausos obtuvieron!

Tocaron los clarines, anunciando la muerte del primer toro y Romero se la cedió á su contrincante.

Pepe-Hillo pasó al toro de muleta admirablemente; en el momento de ir á matar tiró la flá-mula, y echando mano á su ancho castoreño, le hizo servir de engaño á la res, á la que vació admirablemente, dándole una grande y certera estocada.

Las palmas del público no tuvieron límites, y creyeron sus adeptos que no habría de hacerlo mejor Pedro Romero.

Este hizo primores en quites en el toro siguiente y no se mostraba el público á su favor; recortó airosamente, puso banderillas y ¡nada! No premiaba el concurso su trabajo.

Por último, salió á matar y ¡allí fueron las filigranas y las destrezas! En uno de los pases y al quedar colocado frente al toro, dejó caer la muleta á sus piés, se echó mano á la redecilla con que envolvía sus cabellos y quitándose uno de los peinecillos de concha, le prendió sobre la melena del toro, y avisándole con la voz y la

planta del pié izquierdo, le aseguró de una estocada, cayendo instantáneamente á sus piés la fiera.

Las tornas se volvieron; los aplausos ensordecían; llegaron á las manos los asistentes á la fiesta y así acabó esta corrida de emociones.

Aquella competencia, allí iniciada, duró largo tiempo.

Algunos años más tarde, teñidas las manos de Romero con sangre de *Hillo*, señalándole el sitio donde tenía la cornada y mirándole con verdadero apasionamiento, le decía:

—¡No ha sido por tí, Pedro, no; ha sido por el público!

Sanó de aquella cornada y no volvieron á tener más competencias Romero y Pepe-Hillo.

## LA SANGRE

Recuerdo que dos toreros,  
mejor dicho, dos maletas  
de poco pelo... en la ropa  
y mucho pelo... en la trenza,  
y que no habían logrado  
ni una contrata, ¡ni media!  
bajaban al matadero  
á ganarse dos pesetas.  
Una tarde calurosa  
no era mucha la faena,  
y apoyados los dos chulos  
sobre la pared mugrienta,  
discutían varias cosas  
con su charla picaresca:  
—¿Sabes,—le decía el uno,—  
tú que de saber te precias,

cuántos colores de sangre  
puede haber?...

—Según mi cuenta,  
sangre azul, sangre encarnada,  
amarilla, roja y negra.

—¿Y nada más?

—¿Qué más quieres?

—Una; la que tú te dejas.

—¿Cuál? porque no me convences.

—Pues, hombre, ¡sangre... torera!

## DOS SANGRÍAS

—Maestro, que ese bicho tié muy mala estampa.

—Bueno, ¿y qué?

—Toma, que me revienta en cuanto le pinche.

—Anda y cuélate, poca lacha; los hombres han de tener vergüenza y dinidá...

—Valía más que los toros no *tuvían* los cuernos tan largos.

—Pero, ¿vás?

—Despacio, señó Juan; pá que á uno lo espazurren no hay que corré.

Así hablaban una tarde el picador Cristóbal Hormigo y el espada Juan León, montado el primero sobre un jamelgo que daba lástima mirarlo.

No eran exagerados, ciertamente, los temores del pobre jinete; el toro era animal de mucho

cuidado, de gran cabeza, y el caballo estaba tan lleno de alifafes y desgarrotes, que de un puñetazo se le hubiera podido derribar. Se sostenía en pié milagrosamente, agotando el resto de energías que quedaban al pobre animal.

Mientras, tanto el público, armando una gritería espantosa, pedía furioso que el picador entrara en suerte, arrojándose al toro, que esperaba en su terreno. Hormigo, con más miedo que alma, pero comprendiendo la necesidad de que aquello terminara pronto, espoleó al jamelgo, diciendo por lo bajo al matador:

—¡Ojo, maestro, que me revienta!...

Bramando de coraje se arrancó el toro, metiendo los cuernos en la tripa del potro; caballo y picador fueron levantados en el aire como una pluma, para caer luego pesadamente y con estruendo sobre el duro pavimento...

Dominando el estruendo de la bronca, se escucharon gritos de horror y de angustia. Algunas mujeres, pálidas y agitadas, se cubrían el rostro con los abanicos, no queriendo ver el cuerpo rígido del picador, que había llevado el tumbo más grande que se registra en la historia del toreo.



Trasladado á la enfermería vió el médico que la cosa era grave. Había amagos de congestión cerebral y fué preciso recurrir á los remedios más eficaces. Se le hicieron dos sangrías, por las que salió gran cantidad de sangre negruzca y espesa.

Hasta las diez de la noche, el picador no dió señales de vida. El médico se impacientaba observando la lentitud de la mejoría y tal vez sin grandes esperanzas de éxito.

A las diez y media, Hormigo recobró el conocimiento, mirando con vaguedad al principio, sin fijarse en nada, como si el porrazo le hubiese entontecido; después principió á reconocer, y mirando á una de las personas que le acompañaban preguntó:

—Muchacho, ¿qué es esto?...

—Un porrazo,—le contestaron.—Gracias á las dos sangrías que si no...

El picador levantó las manos. La vista de las vendas le produjo mal efecto... ¡Haberle sangrado á él, como si se tratara de una mujerzuela!..

—¿Quién me ha hecho esto?—preguntó malhumorado.

—El médico. Dijo que le convenía á usted..

—Pero hombre, cómo ha de convenir el que me pongan dos puyazos.

—Así y todo no ha vuelto usted hasta las diez.

—Pues sin ninguno,—dijo el señor Cristóbal —*hubía* vuelto á las once ú las doce, que pá el caso es igual.

Y con un genío de mil diablos probó á levantarse, renegando de los temores del médico, que le había puesto de aquella manera.



Pasó tiempo, y es fama que cuando alguien quería molestar al tío Cristóbal, le bastaba con nombrarle el porrazo de las dos sangrías.

El picador montaba en cólera, avergonzado de lo que él creía una debilidad, y más de una vez la broma degeneró en cuestión violenta que hubo de dirimirse á puñetazo limpio.

## UNA FRASE

Se atribuye á *Lagartijo* el siguiente pensamiento, que oímos en una reunión donde sólo de toros y toreros se hablaba.

—«No son los toros los que nos cogen,—dijo Rafael;—somos nosotros los que cogemos á los toros... por no retirarnos á tiempo.»

Y un maleta que escuchaba lo que el matador decía, como un tonto se reía y de este modo exclamaba:

—Cuando yo los llegue á ver le voy á decir á un toro:

—¡¡A ver si tienes decoro y no te *dejas coger!!*

## TOREAR EN CORTO

Hallábase cierta noche en una fonda de Sevilla, después de haber toreado, el famoso *Lagartijo*, jugando una partida de dominó con su hermano Juan, Benito Villaviciosa y un amigo de su mayor intimidad. Al fondo de la estancia en que se encontraban, concurría una señora elegantísima que velaba sus ojos con unos caprichosos lentes guarnecidos de oro... El caballero que la acompañaba, daba la espalda al diestro cordobés.

Este había desperdiciado más de una jugada al encontrarse repetidas veces con la mirada de la señora en cuestión, y á quien, dicho sea de paso, no le parecía costal de paja el bueno de Rafael.

En esto, hubieron de pasarle recado para que saliera á ver á unos caballeros que le aguarda-

ban; pero no debió satisfacerle mucho el aviso, por cuanto dijo al mozo:

— Diga usted á esos caballeros que preguntan por mí, que cuando se está en cumplimiento de una obligación no se abandona.

—¿Una obligación?—le repuso el mozo extrañado.

—Sí;—ya vé usted que estoy *toreando*.

El camarero miró á la señora, sonriéndose luego picarescamente.

# LA FLOR DE LA TAUROMAQUIA

Coro

Piano

*mf*

La jartije fue-ri-ta

yel Espar-te-ro jinto con Mazzanti ni son to-ro ros qual de cir-a-ta

vanes! x rã de re-ros, a ga-nar-se las pal-mas que tante cues-tan. La

tardes en qual-qu-no los to-ro ros mata, las muje-ros mas hartis van à la plaza y

ra ver-fruital bi-choquairra. do es - pi-ra; prin-tà la fuerza bru-ta! la inte-li-

*cres*

*mf*

# Paso doble coreado, por D. Juan Marcén

gen- cia! *Fin* Bendito sol de España, tie- ra de a-

nie- res; por- que in- ter mi- nia- ble de lin- das. fle- res, una la ma- yor mo- sa de las mu-

je- ras, y ma- nantial se- cun- do de los pla- es- res; para en ven- tu- ra na- ta ti-

tal- - ta! el sol con su fulgo- res su cie- lo be- - lla; ¡sí! y ti- en- re para

to- res jun- to al ma- r. *Querrita Namandini* ¡el so- par ti- re



## DIAGNÓSTICO

Un diestro cuyo nombre no hace al caso, fué volteado y herido por un toro. Entre cuatro lo trasladaron á la enfermería, suponiendo que la lesión era de gravedad.

En la barrera número 1 estaban tres ó cuatro amigos íntimos del herido, los cuales llamaron á un mono, y dándole propina le encargaron que fuera á averiguar la importancia de la herida.

Fué el hombre á cumplir el encargo, y penetró en la enfermería al mismo tiempo que exclamaba el médico, reconociendo al diestro:

—No hay cuidado; es un ligero puntazo cerca del esófago.

El mono volvió á salir satisfecho con el dictámen facultativo, y se dirigió á donde esperaban los amigos del herido.

—¿Qué hay?..—Preguntó con entusiasmo uno de ellos.

—¡Total ná!—contestó el mozo.—Una corná en el sarcófago.



## EL TATO

El *Tato* fué una vez á París, suceso extraordinario entonces, que aún estaban los franceses lejos de acostumbrarse á nuestra fiesta nacional y no habían soñado en construir plazas de toros, donde hoy se divierten con parodias ridículas de un espectáculo más floreciente cada vez, á pesar de ciertas impugnaciones superficiales que pocos admiten.

¡Bueno!... Pues el caso es que nuestro paisano fué muy bien recibido y que el hombre se quedó con la boca abierta ante el bullicio de aquella gran ciudad, asombrado del lujo de los franceses y... de la amabilidad de las francesas que se le disputaban.

Llegó el día de regresar á Madrid y el *Tato* vino satisfecho y alegre, dispuesto á contar sus impresiones á cuantas personas quisieran escucharlas.

Por cierto que una de ellas, deseando aún más noticias, preguntó al famoso diestro:

—Dígame usted, hombre... Y cuando estaba sin un amigo, ni una... amiga, en qué se entretenía usted.

—Pues ná—contestó el *Tato*—salía de casa y venga pasear, *olivares* arriba y *olivares* abajo.

.....  
¡A los amigos del diestro les costó grandes afanes y esfuerzos de imaginación comprender por dónde se paseaba el hombre!

## LA MEDIA LUNA

.....  
.....  
Cogió los chismes y después de brindar el toro á la presidencia, fué á donde el animal se encontraba.

Las suertes anteriores habían puesto al torito de cuidado: receloso en extremo, cortaba los terrenos, buscando el bulto, sin hacer caso de los capotes.

Al primer pase comprendió el diestro que había faena para rato: incierto, escamado y receloso el bicho, huía de la muleta y rozaba con los pitones la taleguilla de su contrario.

Pasaron diez minutos, invertidos en una faena deslucida: el público principió á moverse en los asientos, unos con muestras de impaciencia y otros con demostraciones de aburrimiento.

El presidente mandó un recadito de atención.

al diestro, para que terminara de una vez. Un alguacil fué el encargado de cumplir el mandato de la autoridad, y aproximándose por entre barreras al matador, le dijo:

—A ver si acaba usted ó sacan la media luna.

No sabemos nosotros si produciría efecto ó no la amenaza; pero es lo cierto, que la persona á quien iba dirigida no se enmendó mucho que digamos. Desde lejos, y saliendo de la suerte, intentó varias veces clavar el estoque al toro: las estocadas le resultaban pinchazos sin mérito ninguno.

Mientras tanto, el público, agotada la paciencia, silbaba con fuerza, produciendo un conjunto desagradable, ensordecedor.

En los palcos taconeaba furiosamente, cantando al compás de aquella música desagradable:

—¡No lo entiende usted!... ¡No lo entiende usted!...

El diestro había recibido tres ó cuatro avisos, dados siempre en la misma forma por el alguacil:

—Que van á sacar la media luna, termine usted pronto.

Pero como el toro no parecía dispuesto á dejarse matar, el matador seguía con las mismas precauciones y con idéntica torpeza.

Por fin, ni la presidencia ni los espectadores tuvieron más paciencia. El alguacil fué á llevar el último aviso:

—Dentro de cinco minutos,—dijo al espada,—vendrá la media luna, si el toro no está muerto.

Y el diestro, que se encontraba más frito del presidente que del toro, se cruzó de brazos y murmuró colérico.

—Pues dígame usted, que el toro no lo mato ni aunque venga la puerta Otomana!...

## ¡VAYA UN PEZ!

Las deliciosas márgenes del Tajo son agradable solaz de muchos aficionados á la pesca de caña y de ballesta, que cansados del semanal trabajo, salen en uno de los primeros trenes de los domingos, y allá, por la ribera, pasando Ciempozuelos, y antes de llegar á Aranjuez, sientan sus reales *huyendo del mundanal ruido*, como dijo el poeta, y gozan ante la picada de un barbo tísico más que comiendo una rica trucha del Barco, que puede adquirir por el quince por ciento de lo que le cuesta conseguir un pánzón ó una tenca de media onza de peso.

Un famoso aficionado á toros, y el paso que vamos á recordar es histórico, salió una mañana allá por el año 1860 en busca de sus pluviales aventuras.

No bien hubo llegado al sitio que se llama la

barca de Bayona, colocó sus avíos, lanzó sus aparejos al río y se puso en espera de picada. Al lado de su banquillo puso la merienda, una espléndida tortilla, una libreta, peras, queso y una pequeña bota de vino.

Todo marchaba á la medida de su deseo. D. Angel A..., que así se llamaba el afortunado pescador, estaba tranquilamente mirando el oscilar de las veletas que á merced de la corriente se movían, cuando á sus espaldas sintió un ruido, así como si fuera el de una persona que lentamente se acercaba; esto siempre molesta al buen pescador de caña; hizo como que no se enteraba y poco á poco sintió otro ruido que le alarmó.

El ruido no era ni más ni menos que el bufar de un hermoso toro de la ganadería de Torre y Rauri, que pastaba en aquellas frescas laderas.

Su nobleza no le había hecho casi notar en el bulto aquel que á su paso se oponía; el toro llegó á la merienda del pescador, se comió la fruta, hoció la tartera de la merienda, dejándola caer al río, y después, dirigiendo al atribulado pescador una despreciativa mirada, siguió su marcha.

El aludido pescador recogió sus bártulos y sin esperar á ver si era día de *fortuna*, salió para el pueblo á buscar la llegada del primer tren, dándose por satisfecho de su pesca de aquel día.

Cuando algún amigo le pregunta qué tal pesca hay por Ciempozuelos, siempre recuerda su singular aventura y la acaba diciendo:

—Para *barbo*, el que yo encontré en Ciempozuelos.



## EL LORO

Es un hermoso ejemplar,  
por lo listo y bien hablado,  
el loro que un empleado  
se trajo de Gibraltar.

—

Era el animal muy listo  
y esto no es por alabarle,  
y ¡daba un gusto escucharle  
insultar á todo Cristo!...

—

A su dueña la decía  
cuando á su jaula llegaba,  
y alegre le acariciaba:  
—¡Se la pegas, hija mía!

—

Y el muy tunante del loro  
en cuanto entraba el marido  
exclamaba á grito herido:  
¡Otro toro!... ¡Otro toro!...

## CANELA FINA

No se trata de un rasgo más ó menos ingenioso, ni de una anécdota curiosa. Vamos á reseñar un hecho que demuestra, de una manera evidente, cuánto puede la dignidad profesional en el ánimo del *Espartero*.

Durante los tres días de feria estaba encargado, con *Guerrita*, de estoquear los toros que se lidiasen en la plaza de Sevilla. Se habían verificado dos corridas y el público, sin causa bastante, aplaudía al segundo de los Rafeles, mostrándose ingrato y reservado con Manolo.

Antes de que este principiara á vestirse para ir á matar los toros de la última tarde, varios amigos que le acompañaban se despidieron, diciéndole uno de ellos:

- Buena suerte y muchas palmas.
- Esta tarde, aseguro que me las darán.

La certeza con que *Espartero* pronunció las anteriores palabras, llamó á todos la atención... ¿SÍ tendría propósitos de hacer alguna temeridad?

—Conozco á mis paisanos y sé el modo de que aplaudan,—siguió diciendo el torero.—Hasta la tarde, pues.

.....

.....

A la primer caída de picador acudió *Espartero* como una flecha: metió el capote llevándose al toro, y cuando estuvo distante del grupo formado por los monos que ponían en pié al jinete, Manolo volvió la espalda á la fiera, esperando á que se arrancase... Un segundo después, el diestro fué despedido á tres metros de altura. Afortunadamente calculó bien, y los cuernos no le rozaron la taleguilla. *Espartero* se levantó rápidamente; sereno y desplegando el capote, que no había abandonado, dió al animal media docena de capotazos magistrales, quieto, fresco y valiente...

Sus paisanos le tributaron aquella tarde una de las ovaciones más grandes que ha recibido.

El *Espartero* se había salido con la suya.

## UNA FECHA

Sabido es que Cándido fué el inventor de la suerte del salto de testúz y que este famoso diestro murió á consecuencia de las gravísimas cornadas que le infirió un toro, en la plaza del Puerto de Santa María, el 23 de Junio de 1771.

La cogida ocurrió del modo siguiente:

A la salida de un quite de cierto picador, salió Cándido por las afueras conteniendo al toro á medio capote; el toro le ganaba por instantes el terreno. Esto visto por el diestro, quiso ganar al toro la acción de la embestida y se dejó caer al suelo, saltando por encima la fiera. Al ver esta perdido el bulto, se revolvió súbitamente y prendiéndole por los riñones lo campaneó, pasándole de pitón á pitón y dándole otra cornada en un muslo.

---

Siete horas después de la cogida fallecía el desventurado diestro.

No fué sola esta desgracia la que ocurrió en aquella corrida. En el toro anterior, que era el quinto, fueron cogidos, un joven que hacía de paje en una alegoría, una mujer á la cual el toro la atravesó un muslo de parte á parte, dispersándose toda la comparsa.

## HISTÓRICO

Quiso mudarse de casa  
un joven banderillero,  
y en la calle del Soldado  
encontró un piso muy bueno.  
Le convenía aquel cuarto.  
Habló poco y trato hecho:  
dejó de señal un duro,  
marchándose tan contento.  
Pero al salir por la puerta  
se halló con un compañero,  
y después de saludarse  
hablaron en estos términos:  
—¿Qué buscas aquí en el barrio?  
—Un piso, que ya lo tengo.  
—¿En esta calle?  
—Aquí mismo.  
—Pues mira, chico, ¡me alegro!

¿Y dónde vas á mudarte?

—En el veintisiete.

—¡Cuerno?

—¿Qué te pasa?

—¡Que no sabes  
ni siquiera lo que has hecho!

—Pero, ¿por qué?

—¡Friolera!

Porque se ha muerto un enfermo.

—¿De qué enfermedad?

—¡De nada!

¡De tisis *ú* poco menos!

No quiso oír más palabras  
el pobre banderillero,  
pero apretando tacones  
llegó á la casa en arriendo.  
Hizo que viniera el amo,  
y poniéndose muy serio  
le dijo al hombre, asombrado,  
poco más ó poco menos:

—He pensado ya otra cosa  
Y vengo por mi dinero,  
pues no me gustan los cuartos  
en donde han vivió muertos.

—Pero, hombre, ¿y eso qué importa?

—¿Que no importa?... ¡Anda salero!

—Renovaré los papeles.

—He dicho que no me quedo.

—Se blanquearán las paredes.

—Aunque las pinten de negro.

—Haré estucarlas.

—¡Y dale!

—Y haré que las piquen...

¡Bueno!

¡Aun cuando las *banderillen*,

le digo que no me vengo!



## BRINDO...

*Cúchares* tenía muchos deseos de visitar París. Estaba el diestro molido de tanto escuchar elogios de la capital de Francia, y por cierto que ya le iban pareciendo demasiado hermosos para que resultaran exactos.

Se presentó ocasión y allá fué el diestro, deseando admirar tanta maravilla... Se había forjado un París grandioso y no lo encontró. El desencanto debió de ser grande y *Cúchares* quiso regresar pronto á su tierra.

Antes de que abandonara el suelo francés, algunos admiradores del diestro acordaron darle un banquete modesto, donde consiguieran entretenerse algunas horas. El diestro aceptó el convite.

Se reunieron unos cien comensales, casi todos ellos franceses, y dió principio á la fiesta...

*Cúchares* estaba algo cohibido delante de tantos señores que le miraban con manifiesta curiosidad... Principió á comer empleando el tenedor, usó luego el cuchillo, pidió ayuda á los cinco mandamientos y dió fin por emplearlo todo á la vez.

Llegó el momento de las cursilerías: principiaron los brindis. Un francés gordo y rubio se levantó á brindar entusiasmado, llamando al diestro gloria de los *togueadores*, sol de los flamencos españoles y otras cuantas barbaridades por el estilo.

*Cúchares* escuchaba y agradecía los piropos, diciéndole en son de chunga, cada vez que el franchute interrumpía el hilo de su discurso:

—Gracias, prenda...

Cuando el que hablaba terminó de decir tonterías, alguien hizo presente que los discursos debían suprimirse. La proposición fué admitida, excluyendo al obsequiado, por ser quien debiera hablar.

Todos los colores del arco iris cruzaron por el semblante de *Cúchares*. ¿Qué podía decir él?... ¿Cómo arreglárselas para no disgustar á aquellos señores?... Pero no hubo más remedio;

---

excusas y negativas fueron inútiles: tuvo que levantarse, y cogiendo una copa, dijo á tropezones y como Dios quiso:

—¡Bueno!... Pues vaya por la salud de todos los extranjeros...

Y se dejó caer sobre la silla, encarnado como un pavo, y sin comprender que se había brindado *á sí mismo*.

## ALFONSO XII Y DON GIL

D. Antonio Gil, inteligentísimo aficionado y matador antiguo de los de buena raza, y que, aunque corto de facultades, mataba muchos toros recibiendo, solicitó en 1883 una audiencia de D. Alfonso XII.

El monarca, tan atento como siempre con todo el mundo, concedió aquel favor á *Don Gil*, y la solicitada audiencia tuvo efecto el día 3 de Marzo del año referido.

Era el objeto de ella interesar que por recomendación del monarca fuese colocado ó re-  
puesto en su destino el referido D. Antonio. Ofrecióle hacerlo, y después, no pudiendo ocultar sus aficiones taurinas, cambiose el objeto de la entrevista.

—Señor, decía *Don Gil*, vuestro augusto bisabuelo, D. Carlos IV, fué el más protector que

tuvo el arte taurino, díganlo si no los favores que prodigó á *Pepe Hillo*, Romero y *Costillares*.

—Bien, repuso el rey, pero recuerde, usted que Carlos IV era rey absoluto, y yo soy rey constitucional.

—Pues bien, que la constitución me permita recibir los toros que se me antojen.

—No, dijo sonriendo D. Alfonso; aquí no se trata de que la constitución del reino lo permita.

—¿Pues qué?...

—Quien debe permitirlo es la constitución... de usted, amigo mío,

## CORDILLA

No recuerdo bien la fecha,  
pero hace ya muchos años  
que tenía el *Regatero*  
un mozo, muy buen muchacho,  
que le limpiaba la ropa  
y le cuidaba los trastos.  
Se llamaba Antonio Lucio,  
pero entre los de su rango  
le decían el *Cordilla*  
sin motivo demostrado.  
Era fiel hasta el exceso.  
Cuando llegaba el verano  
empezaban para el mozo  
los sustos y sobresaltos.  
Adoraba al *Regatero*  
como si fuera un hermano,  
y en cuanto que lo silbaban,  
con un humor de los diablos,

lo defendía el *Cordilla*  
á coces y á puñetazos.  
Una tarde de corrida  
marchó á casa de su amo  
para buscar las muletas,  
las espadas y los trastos.  
Terminó las escaleras  
y quedó el hombre asombrado  
al mirar todo en silencio  
y al no ver nadie en el cuarto.  
¿Habría llegado tarde?  
Le dió el corazón un salto  
y sobre la dura puerta  
dió con el puño un porrazo.  
Esperó algunos segundos  
temeroso y agitado  
y de la parte de adentro  
respondieron al muchacho.  
—¿Quién?

—Yo, señor *Regatero*.

—¿Y quién eres tú?

—¡Yo!

—¿Vamos?

—¿Quién ha de ser? *El Cordilla*.

—Entonces pasa: ¡no hay gato!

## ¡VALENTÍA!

Una temporada, por motivo de habladurías y chismes, estuvo *Frascuero* reñido con D. Vicente Martínez, famoso ganadero.

Se presentó un empresario á comprar una corrida y al enterarse el ganadero de que era *Frascuero* el que había de torear, estuvo un poco dudoso, hecho que no tardó en conocer Salvador.

Entonces *Frascuero*, en un arranque enérgico, de esos tan peculiares en él, dijo á su amigo:

—Dígale usted á D. Vicente, que mato los seis toros de una vez, y que luego, de postre, lo mato á él.

Poco tiempo después, D. Vicente era el ganadero predilecto de Salvador, y aquél el mejor amigo del espada granadino.



## UN CONSEJO

Se celebraba una corrida en la plaza de toros del Puerto de Santa María.

Uno de los picadores era José Trigo (a) *Lechero*, al que hicieron montar sobre un jamelgo imposible, huesoso, *derrengao* y lleno de alifafes, con la circunstancia de que el animalito debía saber latines y olía á los toros á media legua de distancia.

Cuantos esfuerzos hicieron los monos para acercarlo á la fiera resultaron inútiles; el esqueleto animado principiaba á recular,—como diría cualquier baturro,—y no paraba hasta que se lo impedía la barrera.

Trigo hacía los imposibles: el público brutal, que en todas partes abunda, achacaba á trabajos y amaños del jinete lo que sólo era resabios del caballo.

Por fin, el animal pareció olvidar su vicio y fué derecho al toro; pero cuando éste iba á meter la cabeza, el potro principió á retroceder, sin que bastaran á detenerlo los estacazos furibundos de los monos.

Dominando los mil ruidos de esta clase de espectáculos, gritó un gañán, después de colocar sobre su boca las dos manos en forma de vocina:

—Camará, amóntese usté al revés y llega usté de gorpe á San Bernardo...

## CARIDAD MAL ENTENDIDA

El diestro V... estaba aquella tarde muy desgraciado: durante la lidia de los toros anteriores, el matador no había hecho nada de extraordinario, limitándose á despachar los bichos mal y de mala manera: ni un quite de mérito, ni una brega lucida había venido á entusiasmar al público, que aguardaba pacientemente.

Salió el quinto de la corrida, hermoso animal, bien armado y de muchos pies. Cumplieron su obligación los picadores y banderilleros, y el espada tomó los trastos, principiando su faena.

Decididamente la fortuna se le había vuelto de espaldas. Principió á bailar delante del toro, dándole pases inverosímiles, embrollados, peligrosos, de los cuales podía salvarse por milagro

de Dios: después, pinchó quinientas veces sin prepararse, saliendo de escapada, á la media vuelta, por detrás... ¡El pellejo de la fiera parecía una cribal!

Harto el público de aquel desastre, dió principio á una bronca enorme, fenomenal: la plaza semejava un infierno; el vocerío era ensordecedor, ahogado sólo por silbidos penetrantes y agudos.

La autoridad que presidía la corrida temió un serio conflicto y mandó llamar al espada. Subió éste al palco presidencial, quedando el toro en medio de la plaza inmóvil, mientras que continuaban en *progresión ascendente* los gritos de los expectadores.

—Está usted cometiendo una porción de tonterías,—dijo el presidente al matador, tan pronto como le vió entrar por la puertecilla del palco.

—No tengo yo la culpa, señor,—contestó el diestro humildemente.

—¿Pues quién la tiene?

—El toro, qué un bicho mu malo, con más saber que un jesuita...

—Bueno. Tiene usted 100 pesetas de multa.

Y, si no termina usted pronto, extremaré el castigo.

Con la satisfacción que nuestros lectores pueden suponer, salió del palco el espada, dirigiéndose nuevamente á donde el toro se encontraba, principiando á lidiarlo con una habilidad tan desgraciada como la anterior ó más.

Momentos antes había cesado la bronca, que se reprodujo con mayores proporciones. El público no se limitaba á mostrar su desagrado con gritos y silbidos: en el paroxismo del enojo principió á arrojar al torero todo cuanto pudo encontrar al alcance de su mano. Con la violencia de proyectiles cruzaban el aire botellas, trozos de pan, naranjas y otros objetos, esparciéndose por el ruedo y dificultando la lidia.

En el tendido num. 8, un hombre fornido se puso de pie, ladeó el cuerpo, levantó el brazo, hizo un esfuerzo hercúleo y salió disparada una naranja, estrellándose contra las espaldas del malaventurado matador.

Al recibir el golpe, tiró al suelo la muleta y la espada, sentándose con tranquilidad en el estribo de la barrera. La bronca seguía ensordecedora.

Corriendo, á toda prisa, se acercó un alguacil al torero, ordenándole, de parte del presidente, que fuera á matar el toro. El diestro se levantó furioso y descompuesto, respondiendo:

—Dígale usted que no voy... Si sólo por darle pinchazos, el público arma esta bronca... ¡en cuanto lo mate me cuelgan de un madero!...

## ELECCIÓN FATAL

Hasta hace pocos años, es decir, no hace tan pocos, puesto que la costumbre de ir á ver los toros al Arroyo Abroñigal se quitó hace lo menos veinte, se reunían y bajaban á ver la corrida que había de jugarse, los diestros y muchos amigos.

La tarde á que nos referimos, 10 de Mayo de 1801, llegó Pepe Hillo á los prados, y después de dar un rodeo al ganado y hacer reiteradas preguntas al mayoral, sobre las condiciones de los toros que traían, se fijó el maestro en uno de ellos, negro azabache, cornalón y bien puesto, como generalmente eran los de la casta de Peñaranda de Bracamonte.

—Oye, muchacho: ¿cómo se llama aquel toro?

—*Barbudo*, Sr. José.

—¿Y para quién lo traes colocado?

—Para nadie, porque como es un poco mayor que los otros, me ha dicho el amo que le sorteemos entre sus mercedes los espadas.

Pues, mira, no te molestes, échamele á mí.

—Como usted quiera, Sr. José.

Así se hizo con efecto. La elección le costó la vida á aquel gran torero, que dos días después depositaban en la bóveda de San Ginés, con el cuerpo materialmente hecho pedazos.



## SEÑOR PRESIDENTE...

No diremos el nombre del diestro, porque en realidad no hace falta ni es oportuno su recuerdo. El hecho ocurrió en la plaza de toros de Madrid, hace bastantes años, y algunos de los antiguos aficionados lo recordará seguramente.

Se celebraba una corrida para dar la alternativa á un torero que nadie había visto torear, pero del que se contaban grandes proezas. El entusiasmo entre los espectadores era inmenso, aguardando con interés creciente la faena del novel matador.

Salió al anillo el primero de los seis toros que debían correrse aquella tarde; hermoso animal, de gran poder, mucha cuerna y unos pies que para sí los hubiera querido el mejor de los galgos corredores.

El principiante se asustó viendo á su enemigo... ¡Aquello no era toro; era un ciclón espantoso!

Con un miedo sin ejemplo se fué acercando al toro, y desde lejos le soltó el capote, echando luego á correr como si le hubiesen puesto alas en las piernas. Pero el animal corría más y antes de que el torero llegase á la barrera, fué volteado tres ó cuatro veces, sin más consecuencia que los porrazos consiguientes.

Esto disgustó al público... ¡Bien principiaba el nuevo diestro!... ¡Lo que es como matando no hiciera cosa de más provecho, debía volverse á su casa!...

El infeliz llevaba al levantarse del suelo un semblante más amarillo que la cera, demostración exacta del miedo en todas sus manifestaciones.

Y como la vida es tan agradable, por más que otra cosa digan los pesimistas y los desesperados, y el diestro estaba seguro de perderla tan pronto como se pusiera frente del toro, sin previa consulta ni deliberación acordó no ponerse ¡y santas páscuas!

Preocupadillo y receloso andaba el hombre,

buscando un medio, el menos expuesto, para salir de su apuro, cuando los clarines dieron la señal de matar... ¡hora suprema!... Miró recelosamente al bicho...! ¡María santísima, qué negro y qué grande le pareció!... ¡Casi estaba dispuesto á jurar que había crecido!

Contoneándose, con movimientos iguales y con pasito menudo llegaba el maestro, llevando en las manos la muleta y el estoque con que había de estrenarse el aprendíz, y sonriéndose tranquilo, se dirigió á él para decirle, «vaya, hombre, tome usted esto y Dios quiera que le haga buen provecho.

¡Sí, sí..., como no lo matara él!... Titubeando se encontraba el pobre hombre, viéndose ya en las astas del toro, cuando rápidamente toma los trastos, y en vez de dirigirse al toro se encaminó hacia el punto donde se encontraba la presidencia.

• Claro es que la maniobra causó cierto asombro en el público...

¿Dónde iba aquél hombre?... ¿Brindaría su primer toro?... ¡Silencio... silencio!... ¡Chist... chist!...

—Señor presidente,—gritó el matador con

toda la fuerza de sus pulmones,—es usted un canalla *mu* grande...

Momentos de pausa y asombro en la presidencia, que escucha atentamente, creyendo haber oído mal ciertas palabras.

—Señor presidente,—sigue el que brinda,—usted es un tío guarro, y yo me chincho en su familia y en toos sus parientes... *Mardita* la hora desgraciá que vino usted al mundo, ¡so morcillo!... Así se le coma un cochino de tres años y le...

No pudo terminar su extraño brindis; se armó un escándalo enorme: el público reía á grandes carcajadas, mientras el presidente, con los puños crispados, rojo por la ira, amenazaba al torero con ademanes expresivos.

Llegaron dos alguaciles, que se encargaron del diestro, sacándolo de la plaza entre golpes y empellones. Sin embargo, el torero lo daba por bien empleado, considerándose libre del compromiso.

Al salir por la puerta de arrastre volvió la cabeza: frente al toro estaba el matador, cuadrándolo para tirarse á matar... El aporreado y miedoso torero, observando cuán fácilmente se

había salvado del compromiso, suspiró satisfecho, y dijo tranquilo á los alguaciles que le acompañaban:

—Amigos, basta de leña y vamos á la cárcel .  
¡Más vale estar un mes á la sombra que marcharse en dos minutos á ver la *jeta* del Padre Eterno!

## QUE LLUEVA

Así hablaban dos maletas  
que asistían á un encierro,  
y al que se habían colado  
*sin permiso del portero.*

—¡Vaya unos toros, chiquillo!

—Pues mira, yo no los temo.

—¡Adiós, valientel...

—¡Eso mismo!

—¡Ni que fuás el *Espartero!*

—Y no *desajeras* nada,

Pues ya sabes que yo...

—¡Bueno!

No *haiga* custión, y está tarde  
me lo dirás en saliendo.

¡Vas á tragar más *enjundias*  
en cuanto veas los cuernos!...

¡Así llueva!

—¿*Pa* qué, hombre?

—Pus ná; *pa* ver si con eso  
una vez *siquiá* te-empapas  
y *te se* mojan los *deos!*

## PRECAUCIONES

De tal manera salió harto de toros el matador Angel López *Regatero*, que al retirarse del arte juró no gastar botas de becerro, para no rozarse con piel de *moruchos*.

Pasó el tiempo, y *Regatero* cumplía su palabra; pero cierto día, una persona que no hay para qué nombrar, y á la cual el diestro estaba sumamente obligado, le hizo algunos regalos que fueron aceptados con muestras de agradecimiento.

Figúrense nuestros lectores el asombro del diestro, cuando encontró dentro de una caja, y envueltas con cariño, unas flamantes botas, nuevas, limpias y lustrosas... ¡de becerro precisamente!... Si hubiera considerado el obsequio como una broma, de seguro lo pasa mal el autor de ella; pero no podía hacer tal suposición, ya

que el que regalaba no estaba al tanto de los escrúpulos del viejo matador.

Violentándose mucho principió á gastar las botas; pero desde aquella fecha, los vecinos madrugadores de la casa donde habitaba *Regatero* pudieron advertir todas las mañanas, en la escalera, y frente á la puerta del cuarto de éste, el calzado que gastaba durante el día. Creció la curiosidad, no faltando quien preguntase al matador, en ocasión en que salía á recoger el calzado:

—Sr. *Regatero*, ¿puede saberse por qué deja usted al fresco las botas todas las noches?

—Y contestó el exmatador, sereno y satisfecho:

—Por precaución, hija... *¡No sea que se arranquen!...*



## CANTARES DE UN MALETA (x)

*Cúchares, Lagartijo,  
Gordito y Gallo,  
Espantero, Pepete  
y el Ecijano...*

¡Siete maletas  
que no valen en junto  
ni tres pesetas.

---

Si los cuernos del toro  
fuesen de goma  
¡no iba á hacer valentías  
esta persona!

---

*Lagartijo, Guerrita  
y el Espantero...*  
Entre los tres componen  
medio torero.

---

(x) Abonado eterno á la acera del *Imperia*

Anda y dile á tu pariente,  
*Guerrita* de mis entrañas,  
que el día que yo me atufe  
te tienes que ir á tu casa.

—

Por matar cuantros toros  
veinte mil *riales*;  
y aún murmuran algunos.  
—¡Cómo está el arte!

—

Para picar, el *Frascuelo*;  
para banderillas, *Pinto*,  
para matar, el *Medrano*  
y *pa mono Lagartijo*.

—

Los mejores toreros  
que he conocido  
son el *Chufas*, el *Patas*  
y el *Escocío*.

## UN HECHO CURIOSO

Era el 25 de Junio de 1866.

Salvador Sánchez, *Frascuero*, comenzaba, como quien dice, á hombrear, y ya se permitía el lujo de ajustarse para matar corridas de novillos de puntas, más ó menos derechas.

Corríanse en Tolosa seis toros de muerte, de la ganadería de D. Raimundo Díaz, hombre de crédito en la provincia de Navarra, y que muestra decidido empeño de querer figurar como de los primeros en materia de saber lo que son toros, y en el decidido propósito de que su ganadería forme en primera línea.

Hallábase *Frascuero* toreando de muleta al quinto toro, que había tomado la querencia de las tablas por frente á los chiqueros, y ya le había dado un pinchazo sin importancia.

Conservaba el toro facultades, como general-

mente hacen los de aquella región, y el matador no se daba punto de reposo por sacar al bicho de aquella peligrosa querencia.

De pronto, óyese un grito unánime en la plaza; la puerta del toril había caído con estrépito á una fuerte cabezada del toro sexto de aquella corrida, que salió á los medios de la plaza, buscando quimera, y sembrando la perturbación en la cuadrilla.

Sólo uno de los diestros mostró el valor que más tarde había de ser su nota característica.

Salvador, sin hacer caso del toro que estaba matando, se encamina á los medios; flamea la muleta á modo de capote para hacer fijarse al toro en el rojo trapo; requiere el estoque, como para prepararse á la feróz embestida del astado bruto, y á pie firme le aguarda, salvando el cuerpo.

Entra el toro ofuscado ante el objeto que le reclama; Salvador, entonces, hunde su espada por el costillar del animal, que sale dando boqueadas sanguinolentas, viniendo á caer á sus pies hecho una pelota. Entonces, sin limpiar el estoque, marcha del otro toro en seguimiento, y sin dejarlo ni aún fijarse en el espada, lo pre-

---

para, hundiendo de nuevo el acero sobre la cruz del animal.

¡La ovación no tuvo límites, ni el entusiasmo en el público! Saltó á la plaza, abrazó á Salvador, y tomándolo en hombros lo llevó hasta la fonda, dándole cigarros y dinero.

Este hecho vino á demostrar que en una corrida, bien puede matarse el sexto toro antes del quinto.

## EL CABO

Un matador perezoso  
se retrasaba en la suerte,  
dando pases y estocadas  
sin que el toro se cayese.  
Anochecía. Las sombras  
princiaban á extenderse,  
y algunos espectadores  
promovían mil belenes  
con una bronca espantosa,  
y unos silbidos... solemnes.

Un chulo desde el tendido,  
con una voz que ensordece,  
dirigiéndose al torero  
le gritó furioso:—Espere;  
y sacando del bolsillo  
algo que no pudo verse,  
en pedazos de un diario,

el pequeño objeto envuelve,  
y se lo arroja al torero  
que lo coge, se detiene,  
¡y encuentra un cabo de vela  
que le extraña y le sorprende!

Dirigiéndose al tendido  
de donde el *regalo* viene,  
pregunta:

—¿Para qué es esto?

—Pues hombre, para que vele.

El toro ya no ve gota,  
y no es cosa que tropiece,

—Adiós, guasón, muchas gracias.

¡Mandar y que le aprovechel

## UNA FRASE DE MANUEL DOMÍNGUEZ

Sevilla ha sentido verdadera pasión por Manuel Domínguez.

Sus amigos eran los mejores aficionados. La mesa de la *Iberia* en que tomaba café, en aquella capital, constituía la cátedra de la tauromaquia, y su palabra artículos de fé entre sus contertulios.

Había asistido á la plaza el Sr. Manuel el año 1882, por Feria, cuando hace diez años se hallaban en toda la fuga de su preponderancia y mérito *Lagartijo* y *Frascuero*.

Relataban unos y otros los accidentes de la corrida de Laffite que se había jugado, contaban el mérito de los matadores, y cada cual decía su parecer, esperando que hablase Domínguez, el cual, con su seriedad, y dando chupadas á un rico veguero, vicio que le dominaba, dijo:



---

—Los dos son dos hombres de vergüenza, y de dos modos mata la vergüenza á los toros: unas veces, llega el *pesqui* hasta el morrillo, y otras, el corazón...

En Rafael sucede lo primero; en *Frascueto* ocurría lo segundo.

## LOS SEIS Á UN TIEMPO

Allá, para el año 50,—y la noticia es exacta, por más que la fecha parezca remota,—se celebró una corrida de toros en la plaza de Madrid, por la cuadrilla del *Tato*.

Según noticias, el segundo toro de la corrida fué uno de los mayores que se han lidiado en España. Salió del toril como un huracán, haciendo estremecerse á los de corazón más entero.

Los picadores estaban en sus puestos, y aun cuando nada hicieron por llamar la atención del bicho, el animal se fijó en uno de ellos, metió con brío la cabeza y el jinete fué á caer pesadamente dentro del callejón. Todos creyeron que lo había reventado. El *Tato* saltó la barrera, corriendo á donde estaba el picador.

Cuando los monos se disponían á conducirlo

á la enfermería, el pobre hombre abrió pausadamente los ojos, haciendo gestos y demostraciones de dolor.

—Vamos, hombre,—dijo el *Tato* para animarlo,—esto no ha sio ná.

El picador miró á su maestro, y después de contemplarlo algunos momentos, contestó en tono de amargo reproche:

—¡Será lo que usted quiera; pero lo que han hecho conmigo no se hace con naidel...

—¿Pues qué han hecho?...

—Los toros se sacan de uno en uno, ¡y á mí me los sueltan los seis á un tiempo!...

## CURAS TAURINOS

Pueden seguir leyendo los lectores timoratos: no se trata de ridiculizar á determinados elementos del clero, donde hay tanto bueno y tanto malo.

Generalmente los sacerdotes católicos, y los españoles sobre todo, no han ocultado nunca sus aficiones taurinas y su entusiasmo por la fiesta española que mejor retrata el carácter valiente de nuestra hidalga tierra. Podrán ocultarlo por justificadísimos respetos á su santo ministerio; pero allá, en el fondo... ¡Vamos, que se pirran por el arte lo mismo que cualquier mortal!

Dicen que para muestra basta un botón: nosotros presentaremos aquí tres, casi una botonadura, y seguramente quedarán convencidos los lectores de la veracidad de nuestras afirmaciones.

Pongamos tres estrellitas, y ahí va el primer cura.



Sacerdote de ilustración vastísima, modelo de virtudes y varón ejemplar, fué el teniente cura de San José, de esta corte, D. Andrés Solís, sin que estas cualidades sirvieran de obstáculo para que su desmedida afición por los toros aumentase cada día más.

Gustaba del trato con la gente de coleta. Montes necesitó una vez apoderado y D. Andrés lo fué durante largo tiempo, administrando los intereses del diestro con más cariño que los suyos propios.

Datos fidedignos que tenemos á la vista demuestran que aquella temporada resultó la más feliz de su vida. *Disfrazado de persona*,—como diría *El Motín*,—asistía á cuantas corridas daba Montes. Oculto casi en un rincón de la grada, seguía con interés infinito los continuas peripecias de la lidia, rogando á Dios para que sacara con bien al matador.

Cierta vez se encontró en la plaza con otro sacerdote que también asistía de tapadillo al

espectáculo; se saludaron los dos, y Solís dijo á su colega:

—¿También por aquí, mosén Remigio?

—También, sí señor; pero con mucha vergüenza, por si me reconocen.

Solís miró despreciativamente al semblante hipócrita del temeroso cura, y añadió con energía:

—Pues yo, por mi gusto, estaría entre barras teniendo los estoques de Montes... ¡Lo malo es que éste no me dejal...

Y así era efectivamente.

\*  
\* \*

Digno compañero del anterior es D. Agustín Solís, cura párroco de Trujillo.

Ocultas en el fondo del arca guardaba buenas onzas de oro, productos de herencias y trabajos que no creemos necesario reseñar. Amante de los toros, no se satisfizo con verlos en la plaza, sino que deseó contemplarlos más de cerca y hubo de adquirir á buen precio la ganadería de Salas.

Desde aquella fecha vió colmadas todas sus

aspiraciones, dedicándose al mejoramiento de la especie.

Las tardes en que había corrida, lidiándose toros suyos, D. Agustín no faltaba á la grada. No era suficiente que algún amigo cariñoso le contara las hazañas de los *chicos*, como festivamente los calificaba el sacerdote; si por orden superior le hubiesen prohibido asistir al espectáculo en una de esas ocasiones... ¡hubiera desobedecido la orden ó revienta como un triqui traque!

Era un hombre excesivamente nervioso. Cada *chico* que en la brega descomponía los blasones de la familia, mostrándose blando y receloso, le costaba una enfermedad al ganadero. En cambio la faena del célebre toro *Faquetón* le produjo una de las mayores satisfacciones que gozó en su vida.

Cuentan—y la noticia es exacta—que don Agustín Solís presenciaba una tarde la lidia de seis toros suyos. El tercero fué muy valiente y dió una caída enorme á un picador. El animal, ciego con el caballo, corneaba furioso el vientre del potro, sin que fuesen bastantes á sacarlo los capotes de los matadores. El público aplaudía,

mientras que D. Agustín Solís gritaba con la fuerza de sus robustos pulmones:

—¡Duro, toro!... ¡Si tuvieras mis intenciones!...

Afortunadamente no las tuvo y el picador salió ileso.



No hace muchos años algunos espectadores á las corridas de toros quedaban asombrados viendo salir de los chiqueros un buró listo de piernas y bien armado, el cual llevaba como distintivo de ganadería un bonete hecho hábilmente.

Como España es donde más ingenio se derrocha inútilmente, la vista de aquel atributo, sagrado casi, daba origen á mil epigramas, no todos discretos y admisibles:

—¡*Cuidao* con el presbítero!—gritó un chulo desde el tendido.

—¡Déjate coger, hombre, que ese lleva la unción en los pitones!

--¿Dónde se habrá dejao la teja?...

Y otras mil pullas de este género.

Eran toros de la ganadería del sacerdote don



Antero López, y el bueno del hombre, á falta de otras armas, ideó marcarlos con un hierro en forma de bonete.

Algunos censuraron mucho la ocurrencia; otros la justificaron, y hasta parece que la autoridad eclesiástica medió en el asunto, sin que desaprobara la idea del ganadero.

## UN BRINDIS DEL CHICLANERO

José Redondo tenía cierto don de gentes especial; no lo trataba uno sin que fuera su amigo.

En todas partes era siempre obsequiado con mucha esplendidez, y todos los aficionados se disputaban un rato de compañía con tan excelente persona.

El año 1850, cuando se dieron las corridas del Pilar en Zaragoza, fué obsequiado por el aficionado Sr. Giraldez con un gran banquete.

Versó la conversación durante la comida sobre toros y toreros, y salió á colación, como no podía menos de suceder, la competencia que por entonces venían sosteniendo *Curro* y el *Chiclanero*.

Llegó la hora de los brindis, y José, levantándose, dijo:

—Brindo, señores, por el *señó Curro*, que es un cometa, no por lo que luce, sino por lo que se mueve; por todas las ilustraciones del oficio; por ustedes y... por las *víctimas* de la profesión!

## ¡QUE SE REPITA!

Tiró al picador el toro  
con tal coraje y poder,  
que le crugieron al diestro  
diez costillas á la vez,  
quedándose al descubierto  
y dispuesto á perecer,  
hasta que los matadores  
se llevaron al burel.

Mientras esto sucedía,  
con una bota, en el diez,  
un hombre recio y fornido  
bebía á más no poder.

Y al observar el escándalo  
y al observar el burdel,  
dejó en el suelo la bota,  
se hubo de poner de pie,

y dijo:—¿Qué ha sido eso,  
que no lo he podido ver?  
Luego, con la voz vinosa,  
que llegó hasta el redondel,  
hablándole al del porrazo  
le gritó furioso:—¡Eh!  
¿*Quié* usted repetir la suerte  
*pa* que yo *mi* entere bien?

## EL PASMO DE SICILIA

En diferentes ocasiones había mostrado deseos *Cúchares* de visitar el Museo de pinturas. Algunos amigos suyos le hablaban con entusiasmo de hermosos cuadros hechos por artistas españoles de gran celebridad.

Por fin, una tarde se cumplieron los anhelos del diestro, y acompañado de sus íntimos, visitó las galerías donde se encuentran reunidas las joyas máspreciadas del arte pictórico.

Aquello entusiasmaba á *Cúchares*. Permanecía largos ratos delante de los estudios de desnudo, expresando su admiración con frases intencionadas; se hacía cruces ante las pinturas místicas y se sonreía frente á los cuadros donde los hombres aparecían metidos en armaduras de acero, con el pesado casco en la cabeza y en las manos el espadón enorme de dos filos.

Las pinturas de Velázquez no le gustaron pizca... ¡Vaya un capricho!... ¡Pintar aquellos monigotes de cabezas gordas y piernas inverosímiles!

El famoso lienzo *El pasmo de Sicilia*, le produjo una admiración inmensa. *Cúchares* no podía apreciar la valentía del escorzo, la pureza de la línea, ni el excelente colorido; pero en conjunto, visto de buenas á primeras, lo entusiasmó.

—¿Cómo se llama esto?—preguntó á uno de los que le acompañaban.

—El pasmo de Sicilia,—le respondieron.

—¡Pues diga usted que es un pasmo de primer orden!



Todas las noches iba *Cúchares* á tomar su taza en el café de *La Iberia*. Entusiasmado con la visita hecha al Museo, principió á contarles á sus compañeros de mesa las impresiones que había recibido.

—¿Qué cuadro le ha gustado á usted más?—le preguntó un amigo.

Y el diestro, entusiasmado aún, contestó, serio y convencido de que iba á acertar:

—Pues er mejó de todos: *el catarro de la señá Secilia*.

No hay datos de que los que escuchaban se desmayaran, pero suponemos que algo parecido debió de ocurrir.

## REPAROS DE UN GANADERO

En el mes de Agosto de 1883 se inauguró la magnífica plaza de Vista Alegre, de Bilbao, jugándose, como siempre, cuatro hermosas corridas.

La primera era de Colmenar Viejo.

Al día siguiente de verificada, y después de medio día, estaban tomando café en un velador de los que se colocan en la acera del Suizo, frente al Arenal, varios amigos. Uno de ellos, dirigiéndose al de más edad, le dijo:

—¿Está usted satisfecho de su corrida?

—Hombre, le diré á usted, —contestó el interpelado.—Ayer ví lidiarse mi mejor toro, el que se corrió en primer lugar, y más bravo dudo yo que se haya visto nacer de las vacas. Yo me esmero cuanto puedo en la cría de mis reses; pero, ó yo no entiendo lo que es torear,



neficencia, en la cual toreaba, hubo de pegar á un pájaro que estaba en el redondel y que se había salido de una banderilla de lujo, con tan poca fortuna que mató al animalito.

Le ofendía grandemente que le nombrasen así y tuvo más de una cuestión con tal motivo.

## LA ESTATUA

No recuerdo bien la fecha.  
La primera temporada  
que *Espartero* y su cuadrilla  
lidiaron en nuestra plaza,  
dirigiéronse á los toros  
entre burla y entre charla...  
pasó corriendo, al galope,  
el coche que los llevaba  
por frente al *gran* monumento  
del vencedor de Luchana;  
y el *mataor*, observando  
la escultura inanimada,  
preguntó á un banderillero:  
—Dí: eze, ¿cómo ze llama?  
—¿Cuál?  
—El que está en el cabayo.

—Es Espartero.

—¡So guasa!...

No vengan con bulos...

—Digo,

que es Espartero.

—¡Me estraña

que sin veme matar toros

ya me pongan en estautas!

## LA INTENCIÓN DEL TORO

Había terminado la corrida, sin desgracia alguna que lamentar, por fortuna. El público bilbaino—que en Bilbao se había verificado la fiesta—se retiraba á sus casas comentando los incidentes de la misma, cuando la cuadrilla de *Lagartijo*, con el matador al frente, se dirigía en un coche á la estación, deseando aprovechar el tren primero que saliera con dirección á Madrid.

Rafael dejó instalados á los muchachos en un coche de segunda, y luego, acompañado por un amigo íntimo, penetró en un departamento de primera. Estaba molido de la faena y á todo trance necesitaba dormir algunas horas, antes de llegar á la Corte.

Sonó en el andén el pito molesto y penetrante con que el jefe dá la señal de salida; pero

antes de que el mozo hiciese sonar al pié de la máquina las dos campanadas de reglamento, se abrió precipitadamente la puertecilla del wagón donde iban Rafael y su amigo y penetraron dentro, dando tumbos por la precipitación, dos mujeres vestidas de negro.

El célebre matador hizo un gesto de contrariedad y se levantó del asiento donde cómodamente se había sentado. La visita le molestaba mucho; pero no hubo más remedio que tener paciencia.

Salió el tren de la estación produciendo fuertes sonidos metálicos al trepidar sobre las placas giratorias. Pronto fué aumentando la velocidad y á los dos minutos corría dejando tras de sí leguas y leguas de terreno. Los postes del telégrafo cruzaban ante la ventanilla como sombras: el paisaje cambiaba cada cinco minutos y... *Lagar-tijo*, recostado incómodamente sobre el almohadón del respaldo, procuraba conciliar el sueño.

Las dos mujeres se acomodaron lo mejor posible, saludando á sus compañeros con un ligero movimiento de cabeza. Parecían madre é hija: esta última era hermosa y simpática.

Pasó una hora sin que ocurriera nada de par-

ticular; pero, de pronto, las dos mujeres principiaron á hablar en voz baja, mirando con insistencia á *Lagartijo*, que continuaba desvelado.

Al compañero de Rafael le alarmó aquella curiosidad. Hubiera querido pasar inadvertido y guardar silencio, por lo ménos, hasta que el amigo se durmiera; no sucedió así, pues la más anciana de las mujeres pareció adoptar una determinación y le preguntó:

—¿Ustedes irán á Madrid, seguramente?

—Sí, señora,—le respondió el interrogado.

—¡Vaya, pues me alegro mucho! Iremos juntos... ¿Son ustedes toreros?

El amigo del matador se sonrió al escuchar la pregunta *en plural*. ¡Valiente facha tenía él para que lo confundieran con un torero!... ¡Más parecía un recaudador de contribuciones!...

Sin embargo, galante hasta el exceso, contestó con amabilidad:

—Yo, no, señora: mi amigo es, don Rafael Molina, ó *Lagartijo*, como quieran ustedes llamarle.

La sorpresa se pintó claramente en el rostro de las dos mujeres.

—¡Hombre!—dijo la anciana,—me alegro

tanto de conocerlo. Precisamente, mi esposo, que en paz descanse, no pensaba en otra cosa más que en usted...

*Lagartijo* abrió los ojos pesadamente y sin ganas de conversación, por cumplir nada más, repuso:

—Gracias, señora.

Si Rafael creyó que con esta fórmula estaba despachado, no fué chasco el suyo. La buena señora no se dió por vencida y volvió á preguntarle:

—¿Hace muchos años que torea usted?

—Algunos, señora,—contestó el diestro, de mala gana, entre bostezo y cabezada.

—Qué oficio más comprometido... Gracias que ustedes, en fuerza de lidiar con toros, llegan á entenderlos como á las personas... Y á propósito... ¿cómo saben ustedes cuando el toro se arranca?

—Hay algunos movimientos en la fiera que nos lo dejan adivinar.

—¿De veras?

—Cabal.

—De modo que cuando mueven las orejas, por ejemplo...

—Quieren decir:—¡Que me cielo!

—Y al levantar la cabeza, ¿qué expresan?

—Pues, algo así como aquí *quisiá* verte yo... ú otra cosa paresía...

—No conocíamos nosotras esas cualidades... ¡Ah! ¿y qué dicen cuando escarban la arena con las patas?

—Señora,—contestó *Lagartijo* incorporándose violentamente,—entonse es que jechan sus cuentas y se quejan con razón, disiendo:—¡Pero, cuándo demonio quiere usted dejarme en paz!

.....  
Reinó un completo silencio.

Media hora después, Rafael, libre de preguntas, dormía tranquilamente; la señora había puesto un hocico de á palmo, y el otro viajero procuraba inútilmente contener la risa que asomaba á sus lábios.



## UNA ALEGRÍA DEL TATO

Cuando el año 1865 estaba en su apogeo el excelente torero Antonio Sánchez, vestía con un gusto y con una elegancia que hicieron época.

Paseaba el *Tato* la víspera de Pascua de Resurrección por la calle de las Sierpes, en Sevilla, luciendo un pantalón de color de perla, faja de Manila de multicolores bordados, chaleco de terciopelo de color guinda y casaquilla del mismo color, adornada de caireles de plata, calañé de casa de Manfredi y bastón de caña de Indias con puño de marfil.

Los botones de la abullonada pechera valían una fortuna, la cadena verdadera *tralla* de barbada y los dijes un capital.

Un amigo, de esos indiscretos que rodean siempre á los toreros, le paró y después de molesto interrogatorio le dijo:

—Antonio, ¿valen mucho esas piedras?

—Ya lo creo, el dinero de una temporada; pero yo los cambiaría por dos cosas. Por los ojos de una buena moza y por matar al primero de mañana á mi gusto. Por eso los regalo.

El augurio fué venturoso; el primer toro lo mató de un soberbio volapie, después de darle cinco pases de muleta.

## SATISFACCIONES

Se acababa de celebrar la segunda corrida de toros de la inauguración de la plaza de Vista Alegre en Bilbao el 21 de Agosto de 1883.

El famoso revistero *Alegrías* ocupaba una barrera de sombra y tenía en su poder el capote de paseo de *Lagartijo*, hermosa prenda bordada de oro.

El maestro, al ir á cogerle, dijo á su amigo:

—Hoy, D. Juan, cinco duros que tenía los he cambiado. Otras veces no cambio más que veinte reales.

*Currito*, al ver aquella satisfacción, añadió también:

—Pues á mí los pitones me han arrancado los alamares de la taleguilla.

Entonces el humorístico escritor, dando un fuerte apretón de manos á los diestros, les dijo:

—Lúzcense ustedes siempre así con los toros, que ellos, si rompen los vestidos, también los dan para todo el año.

—Tiene usted razón,—le contestaron,—saliendo á tomar el asiento en sus carretelas, donde les aguardaban sus cuadrillas y un público inmenso que los tributó una ovación grandísima.

## GAYARRE Y GUERRITA

Hace unos cuantos años, en una excursión veraniega, encontráronse en Miranda gran número de toreros, artistas y aficionados.

En el andén de la concurrida estación estaba *Guerrita* con su gente, de paso para Bilbao, formando grupo con Luis Carmena, Pepe Elorrio y Julián Gayarre, nuestro llorado amigo.

Eran naturales las presentaciones.

Carmena, dirigiéndose á Rafael, le dijo:

—Aquí te presento al gran tenor Gayarre, orgullo de nuestra patria, al que todos aclaman y del que seguramente habrás oído decir que gana más de 1.000 duros cada vez que canta.

—*Malegro* verle bueno,—contestó *Guerrita*, alargándole la mano.

Gayarre entonces le dijo cuatro ó cinco frases amables y muy satisfactorias.

Pasó así el tiempo y ya fuera del círculo de la reunión, *Guerrita*, á quien le gusta mucho guardar lo que gana, llamó aparte á Luis Car-  
mena y le dijo:

—Diga, osté, on Lui, ¿y qué es lo que canta ese señó pa ganar tanto?

—Pues mira, ópera italiana; no solamente en España, sino en Francia, Italia, Berlín, ¡en todas partes!...

*Guerrita* se quedó un rato pensativo y ras-  
cándose la coleta dijo:

—¡Ah, vamos! ¿Canta en fransé? ¡Eso ya es otra cosa!...

## EL MUNDO AL REVES

La brega de los tres toros primeros había sido excelente, y el público de Vinaroz, en cuya plaza se estaba celebrando la corrida, aplaudía el valor y habilidad de maestros y peones. Las notas bulliciosas y penetrantes de un paso doble, vivo y animado, daban mayor realce al entusiasmo de los espectadores, que á voz en grito pregonaban las excelencias del espectáculo.

Hizo señal el presidente, y los clarines anunciaron la salida del toro cuarto. Abrieron la puerta del chiquero, y como una flecha, rápido, se presentó un bicho castaño, corniabierto y de muchos pies, que parecía llevar la electricidad en las patas, según la velocidad de su carrera. Galindo, que actuaba en calidad de espada, esperó al toro y abriéndose de capote paró

los pies del bruto con media docena de verónicas un tantico embrolladas, porque el enemigo se revolvía con la velocidad del rayo. En uno de aquellos lances se enredó el toro con el capote del diestro, cayendo al suelo violentamente, mientras el espada se retiró al estribo, halagado por las palmas del público entusiasmado.

Después de algunos esfuerzos consiguió levantarse la fiera, rugiendo de dolor y de rabia y caminando con bastante trabajo... Sonaron de nuevo los clarines, y los espectadores á una, impulsados por idéntico deseo, principiaron á gritar en ruego de que los matadores clavaran banderillas. Accedió el presidente y los espadas tomaron los palitroques, adornados profusamente con cintas, plumeros y flores de trapo.

Galindo se dirigió hacia el toro, hizo muchos esfuerzos para igualarlo y cuando se disponía á entrar cuarteando, la fiera principió á retroceder como si comprendiese lo que con ella intentaban.

Diferentes veces quiso el espada poner banderillas y siempre el toro huía con verdadero terror, sin detenerse hasta que encontrábase lejos del que consideraba su enemigo... Por fin,



viendo que todos los esfuerzos resultaban inútiles, se adelantó el otro matador y sin trabajo de ninguna clase, sin que la fiera retrocediese un palmo, le colgó un par al sesgo, de esos que ni pintados.

Entonces ocurrió algo terrible: la fiera, al sentirse herida, agujoneada por el dolor, dió un salto, cayendo dentro del callejón, frente á la puerta de arrastre, en el momento en que esta se abría para dar paso á un arenero.

El bicho se coló por aquella puerta, y después de recorrer un momento los pasillos, salió á la calle... En la plaza cundió la alarma y las gentes se amotinaban gritando, temerosas de que el toro apareciese de pronto por donde menos pudieran esperarlo. Cuando se supo que el animal había salido á la calle, el miedo creció; era domingo; los paseos estaban concurridos y las desgracias iban á ser innumerables... Galindo cogió la muleta y un estoque, corriendo en seguimiento del toro, guiándose por los gritos de terror que se escuchaban á lo lejos.

Al volver una esquina próxima al muelle, el diestro se encontró frente por frente del toro: cuadróse para darle una estocada en el *chaleco*,

pero con gran asombro de todos, la fiera se detuvo, y al igual de lo que había pasado en la plaza, principió á correr en dirección al mar, huyendo del espada. Este le seguía de cerca, acosándole sin descanso. Torero y toro llegaron á la punta del muelle: un metro más lejos de donde se detuvo el segundo, el mar azulado, en calma completa, parecía una balsa de aceite... Galindo volvió á echarse el estoque á la cara, pero en el momento en que metía el brazo, el toro dió un salto enorme, tirándose al mar. Las aguas, antes tranquilas, se agitaron largo rato, movidas enérgicamente por las zarpas del bicho, que pretendía inútilmente sostenerse á flote; y media hora después, algunas lanchas pescadoras sacaban con grandes trabajos el cuerpo del toro, que había preferido morir ahogado á que el acero del matador le hiciese una *caricia*.

Y conste que este hecho es histórico: vivos están, por fortuna, muchos vecinos de Vinaroz, que pudieron ver, con pruebas indudables, el miedo que la fiera tomó al espada, desde que con los primeros capotazos le había derribado al suelo, lesionándolo considerablemente...

airosas! ¡Valen aquellos trajes tanto dinero, que nadie se para á meditar un momento!... Por esta causa la mayoría de las personas dicen, cuando quieren significar alguna carrera fácil y lucrativa:

—Para vivir tranquilo hay que ser torero ú obispo.

Conformes en un todo con lo segundo.

En cuanto á lo otro, no se pescan truchas á bragas enjustas!...



Podríamos encontrar á millares los ejemplos que apoyaran nuestras afirmaciones, pero como esto sería interminable y monótono y nosotros huímos de la monotomía como de cosa excomulgada, de ahí que describamos uno solamente, el que primero nos venga á la imaginación.

¡Oído al parche!...

Ninguno de los aficionados desconoce al *Valencia*, banderillero inteligente y aplicado y á quien el *Espartero* distingue con mucho cariño entre los individuos de su cuadrilla...

¡Pues lo que esta criatura ha corrido antes de conseguir el puesto que hoy tiene!

Hace bastantes años, el simpático José era uno de los múltiples parroquianos que todos los días toman... el sol, frente al café Imperial. De afición decidida el mozuelo, andaba siempre bebiendo los vientos por averiguar en qué pueblos inmediatos á Madrid había corridas de toros ó de vacas; que no era obstáculo el sexo de la fiera para que el diestro en agraz hiciese de las suyas.

Cierto día, otros compañeros de profesión, tan *capitalistas* como él, aun cuando no tan entusiastas, se acercaron y le dijeron:

—Oye: el domingo hay toros en Colmenar de Oreja. ¿Lo sabías?

—No. ¿Váis vosotros allí?

—¡Anda la Biblia!... Si hay diez horas de camino y luego no has de recoger una *mota* siquiera...

El maleta no contestó una palabra. Había toros el domingo, es decir, al día siguiente, y aquellos *pánflis* no querían ir por miedo á diez horas de camino. ¡*Valientes aficionados estaban hechos!*...

*Valencia* no dijo una palabra: se calló como un muerto, esperando la venida del nuevo día

para dar principio á la caminata, tan pronto como Dios amaneciese.

¡Porque el viaje necesariamente tendría que hacerlo andando!... Los milagros son muy contados en esta época de duda, y al torero, si el Señor no le mandaba veinte reales, le faltaban cinco pesetas para tener un duro.

\*  
\* \*

A las dos de la madrugada del domingo salió el *Valencia* de su casa y emprendió con paso reposado, seguro y firme, el camino más recto para llegar al pueblo.

No había almorzado ¡ni esperanzas!... Pero de naturaleza fuerte y acostumbrada á largos ayunos, no se le hizo cuesta arriba uno más y continuaba tranquilo, tarareando entre dientes peteneras gitanas y graciosas.

Al salir de Madrid detúvose un momento: las alpargatas que llevaba puestas eran las únicas que tenía y no era cosa de echarlas á perder en el largo é incómodo paseo. Se las quitó y á pie descalzo continuó el camino, con la única ilusión de llegar á tiempo y lucirse delante de los moruchos.

El sol abrasaba: un sol de Julio caía como plomo derretido.

*Valencia* seguía su marcha tranquilo, arrojando una gota de sudor por cada uno de los poros de su cuerpo. Con las alpargatas al hombro y debajo del brazo un capote mugriento y raído, lleno de remiendos y costurones, iba el muchacho, dejando atrás kilómetros de un terreno llano y escueto que infundía tristeza.

Llegó al río, que necesariamente debía atravesar, cosa no difícil, porque no estaba lejos un puentecillo endeble y movedizo, pero suficiente á contener el poco robusto cuerpo del novel y quijotesco aficionado.

Penetró resueltamente en el puentecillo, avanzando sereno hasta la otra orilla.

Una vez que volvió á pisar tierra, se dispuso á seguir su camino con nuevo empeño; más aun no había dado dos pasos, cuando á su oído llegó una voz robusta y enérgica que le gritaba:

—Eh ¡buen mozol... ¿A dónde se va?

Volvióse el muchacho rápidamente. El que le interrogaba era un hombre, con la escopeta sobre el hombro y con todas las trazas de guarda jurado ó algo parecido.

—Pues de viaje,—contestó *Valencia*, deteniendo su camino.

—¿Con que de viaje?

—Sí, señor.

—¿Y por dónde has pasado el río?

—¡Vaya una pregunta!... Por el puente.

—¿Entonces ya sabrás que tienes que darme una *pieza* de los derechos?

*Valencia* quedó anonadado... Ignoraba aquello y... no tenía los dos cuartos, que era lo más peliagudo. ¡Vaya un compromiso en que se había metido!

Sin embargo, comprendió que no era cosa de andarse con incertidumbres, y volviendo á reanudar el interrumpido diálogo, le dijo al guarda:

—Diga usted, amigo, y ¿desde cuándo es eso?

—Desde toda la vida. La puente es propiedad, y es necesario que todo el mundo pague.

—Pues, hombre, yo he pasado otras veces y nadie me ha dicho una palabra.

—Bueno, bueno, no tengo ganas de conversación.. Venga la moneda.

—El caso es...



—¿Qué?

—Que como yo no me transforme en moneda no tengo otra, ni sé de dónde sacarla.

—Entonces tiene usted que volver atrás. Por el puente no pasa nadie sin soltar la mosca.

... ¡Como no vuelva!

—¡Ya lo creo que volverá!...

Con una calma aterradora el guarda se descolgó del hombro la escopeta al terminar estas palabras.

El *Valencia* se puso lívido. ¡Demonio! Aquel hombre parecía dispuesto á cometer una barbaridad, disparando cobardemente contra un hombre indefenso.

Pero el caso urgía, y el torero no tuvo más remedio que bajar las orejas y desandar lo andado, retrocediendo hasta la orilla opuesta del río.

Allí esperó; tal vez el guarda se cansara de esperar, y aprovechando el momento, de una carrera salvaba el puente y se ponía libre de la escopeta que tanto respeto le infundía.

La fortuna se le mostraba poco amable al pobre diestro. Pasaron dos horas, y el guarda permanecía impasible, arrimado al puente, frío y sereno como la estatua del Comendador.



José comprendió que la broma se iba haciendo pesada; aquel hombre parecía dispuesto á no moverse, y las horas pasaban. Era necesario aprovechar los momentos si deseaba llegar con tiempo á los toros.

El agua corría por aquella parte con violencia, saltando sobre las piedras y estrellándose en cascadas de espuma contra los estribos que sostenían el puente.

No podemos comprender si el diestro meditaría mucho tiempo antes de decidirse; pero ello es que, sentándose en el suelo, principió á despojarse de la ropa. Pronto quedó sin más vestiduras que las primitivas, y haciendo un lío con todo, resueltamente se metió en el agua, principiando á vadearlo y con el lío sobre la cabeza.

La profundidad se iba acentuando á cada paso amenazando cubrir al pobre muchacho. Por fortuna este llegó al centro con el agua hasta el cuello y haciendo titánicos esfuerzos para que la corriente no le arrastrara.

Cuando el *Valencia* sonreía satisfecho, creyéndose en la orilla, un paso mal dado hizo que perdiera el equilibrio, cayendo en el agua,

donde, por fortuna, no corría peligro de ahogarse.

Salió, pues, ileso del accidente, sin más percance que el susto natural y la mojadura completa de su traje y del capote.

Aquello le contrarió mucho. ¿Cómo iba á presentarse en el pueblo convertido en regadera? ¡Maldita contrariedad! Si Pepe hubiera sido capaz de sentir arrepentimiento, ninguna ocasión más propicia para renegar de sus aficiones tau-rinas, que en tan apurados trances le metían.

Chorreando agua por todas partes, se enfundó el traje, maldiciendo del agua y del inesperado traspicés.

No queremos seguir al diestro incipiente en su peregrinación á través de los campos, dejando detrás de sí un reguero de agua que al instante empapaba la tierra, abrasada por los ardientes rayos de un sol canicular.

\*  
\* \*

La plaza donde habían de correrse los toros era... como todas las de su género.

No cansaremos al lector con minuciosas des-

cripciones, que podrán ser prueba de gran ingenio descriptivo, pero que fatigan y cansan casi siempre. Imagínense los lectores una plaza en las condiciones más deplorables, y esa es la de Colmenar de Oreja.

*Valencia* llegó rendido, muerto de sed y de hambre. Su primera determinación fué presentarse al señor alcalde para que circulara la noticia de que un torero había venido á lidiar las vacas.

El entusiasmo del pueblo fué inmenso; pero nadie convidó á comer al torero, que, débil y sin fuerzas, se tumbó á la sombra de un árbol, esperando á que la corrida diese principio.



¡Aquellas vacas sabían latín y ciencias naturales! Como que los animalitos llevaban meses enteros recorriendo pueblos y villas, y en los cuales dejaban *memoria amarga de ellas*.

*Valencia* había sido volteado cinco ó seis veces, pero el chiquillo se llevaba las palmas delirantes de aquel público inculto.

Por cierto que el maleta continuaba con el estómago vacío; y no era eso lo peor, con ser tan malo, sino otra cosa que le abrumaba con la triste amargura de una desgracia aterradora.

El capote de Pepe estaba remendado con varios trozos de arpillera; y para que el color fuese idéntico á la tela del capote, su dueño había pintado los remiendos con almazarrón. La pintura se había reblandecido con la mojadura y pasaba lo que era lógico.

Cada vez que *Valencia* se abría de capote delante de la fiera, el color del remiendo manchaba la ropa del diestro, dándose el caso de que al final de la corrida el pobre mozo parecía un tablero de damas con cuadros encarnados y negros.

Salía el último animal de la tarde. José quiso aprovechar el momento, y principió á recolectar fondos entre los individuos que asistían á la corrida, según es costumbre entre los toreros trashumantes.

El resultado no pudo ser más funesto. Contó el *Valencia* lo recogido, y se sonrió, no sabemos si con ira ó con lástima. Le habían *regalado* entre todos *diez y siete cuartos* en ochavos

---

morunos y en monedas francesas que no pasaban.

Con aquellos tuvo suficiente para comprarse un chorizo y un panecillo, y después de comerse, tendido en el suelo, cuando el sol se iba ocultando por Occidente, principió de nuevo su caminata en dirección á Madrid, tan satisfecho de su viaje como debieron de regresar los reyes católicos después de la toma de Granada.

## EL GAZPACHO

Iban á trabajar en cierta ocasión á Jeréz de los Caballeros una cuadrilla completa de toeros sevillanos, á cuyo frente figuraba el excelente diestro Antonio Carmona, y como segundo espada el ocurrente *Cirineo*.

El tiempo era caluroso, y por causas contrarias al deseo de todos, tuvieron que atravesar á pié unas cuantas leguas, sin más elementos que les descansara que un macho donde iban los baules y los útiles precisos para la corrida.

Hicieron alto en una venta, y el jefe de la expedición, limpiándose el sudor, dijo á los muchachos:

—¡Señores! ¡Vaya una hora superior pa que nos tomemos aquí un gazpachito mu grasioso!

—Sea,—contestaron.—Precisamente el cuer-

po nos pide refresco, y así tendremos más gana de almorzar después.

Dicho y hecho. Se hizo el majado conveniente, se aderezó el caldo, y cuchara en mano se tomaron su buen gazpacho los valientes toreros.

Echaron de nuevo á andar, subiendo, bajando cuestras y vericuetos por espacio de tres ó cuatro horas, distinguiendo á lo lejos otro ventorro parecido al anterior. Una vez que le divisaron, diéronse de ojo los toreros, y en aquellas miradas parecían decirse:

—¡Ahora sí que vamos á dar el golpe! ¡Buen almuerzo nos espera!

Al llegar al sitio indicado, el Sr. Antonio volvió á decirles:

—¡Señores! Antes de almorzar, ¿no sería mejor, puesto que traemos tanto calor, que nos tomáramos otro gazpachito con mucha gracia?

Los toreros, asombrados, quedáronse mirando de hito en hito. Nadie se atrevía á contravenir la opinión sustentada por el maestro. Sólo protestaba el estómago; hasta que *Cirineo*, que era el más autorizado, contestó:

—Diga osté, señó Antonio, ¿no sería mejó



---

que en ves de ese gaspacho tan grasioso nos tomáramos unos pollitos con tomate mu desaboríos?

Antonio comprendió la indirecta, y dando contraorden á la ventera, obsequió á la cuadrilla con un almuerzo campestre de órdago.



## DOS MEDIOS

Cuéntase que Mazzantini,  
antes de coger los trastos,  
les decía á las personas  
que querían escucharlo:  
—¡No soy nada en este mundo,  
y de no serlo me canso!  
Estoy dispuesto, señores:  
herrar ó quitar el banco.  
Para ganar mucha *guita*,  
los caminos son muy raros.  
Yo sé dos á cuál más buenos...  
¡y también á cuál más malos!  
¿Cuáles son? Pues bien sencillo.  
El toreo y el teatro.  
Tenemos que convencernos.  
¿Qué hay que produzca tanto  
como el *do* de pecho limpio  
ó la estocada en lo alto?

## FILOSOFÍAS

¡Pobre Manolo! ¿Quién habría de haberle dicho, momentos antes de ponerse la ropa, que aquella era la última tarde en que picaría toros?

En el tren venía hablando con nosotros, recordando sus buenos tiempos, sus chistes de buen andaluz y su no poca inteligencia natural para todos los asuntos, especialmente los matemáticos.

Aplicaba sus intuiciones á todos. Decía, por ejemplo, de *Frascuero*, que su riqueza hubiera sido nacer mudo.

De *Guerrita* que era una pelota de goma, á la que había que temer que se le saliese el aire...

Y así fué todo el camino, hasta que le preguntamos:

—Diga usted, Calderón, ¿qué opina usted de *Lagartijo* cuando tira la montera?

—Pues, compare, le diré á osté. Cuando Rafaé deja la montera en el suelo con cuidiao, es como un estudiante cuando lee, pero cuando la tira pa atrás con la cabeza, entonces es er *fisólofo* más entendió de la historia.

Todos celebraron la ocurrencia, así como todos lloramos su muerte en Aranjuez, en aquella tarde de triste memoria y azares sin cuento.

## ARRIMARSE

Toreaba el *Currito* en la plaza de Madrid sin que la fortuna se le mostrase aquella tarde muy propicia. Por más que el diestro se afanaba por lucirse, satisfaciendo las justas aspiraciones del público, la faena era mediana y pesadita.

No hemos de añadir en descargo del matador razones que aminoren la torpeza. Si ésta consistía en las malas condiciones de los toros ó en otro motivo análogo, ni es causa suficiente para que nos detengamos en averiguaciones ni ha de resolvernó ningún problema.

*Currito* estaba pasando de muleta al cuarto de la tarde: un toro grande y de gran poder, á quien no habían conseguido pararle los castigos anteriores.

¡Y cuidado, que el animalito llevaba cuatro pares de banderillas!

El diestro no encontraba nunca al toro en disposición. Pases con la izquierda, pases con la derecha, altos, bajos, de pecho... *adulterados*; pero tirarse á matar... ¡ni agua!

La bronca amenazaba ser imponente, de primera fuerza, si aquello no se corregía.

Un conocido aficionado que se encontraba en barrera, aprovechando el momento en que el diestro pasaba próximo á aquel sitio, le gritó:

—¡Haga usted por arrimarse!

*Currito*, que escuchó el consejo, volviéndose á quien se lo había dado, repuso:

—¡Déjele usted, camará, que bastante hace él pa arrimarse á mí!

## EL ENJUAGUE

El primer marqués de Salamanca, hombre de señalada esplendidez y puede decirse que el más desinteresado de todos los señorones de sus tiempos, invitó un día á su mesa, que parecía la de un rey, al famoso torero *Cúchares*.

Es inútil decir que las ocurrencias del señor Francisco fueron tales, que D. José pasó un rato de grande alegría, y no deseaba, ciertamente, que la comida concluyese. Todos los primores de su gran cocinero; los platos montados que sin cesar se sucedían, todo traía en asombro constante al maestro *Curro*, que estaba privado de comer con los dedos, beberse, en el propio plato, el caldo de la ensalada, y otros excesos; pero que á él le parecían como de perlas.

Llegaron los postres; comió dulces de repostería hasta hartarse, y después, en una soberbia

bandeja de plata, le presentaron un precioso enjuague de cristal de Bohemia, lleno de agua templada con unas gotas de elixir dentífrico.

Al verse *Cúchares* con aquello delante de sí, quedóse perplejo y sin saber qué hacer; pero en sus adentros pensó rápidamente que nada debía hacer, en tanto que los demás no usasen de aquel brebaje. Por fin vió que el marqués, tomando el recipiente en una mano y el vaso en otra, lo comenzó á beber con calma.

No quiso hacerse esperar el diestro sevillano, y de buenas á primeras, y de un tirón, se echó al colete todo el contenido de su vaso.

¡Allí fueron las fatigas de *Curro*, y las bromas de los que estaban invitados! El marqués mordíase los labios sin poder más: otros lanzaban hasta por los ojos el buche de agua perfumada; *Curro*, solamente estaba pasando unos momentos terribles: el agua caliente veníasele á la boca sin cesar; un color se le iba y otro se le venía, hasta que no pudiendo más se dirigió á uno de los sirvientes de la casa, perfectamente vestidos de frac, y le dijo:

—Amigo: me jase usted el favor de decirme adonde se *gomita* en esta casa, porque man per-

dío con el *goló* del agua que me hé tirao ar co-  
leto.....

Cuando volvió *Curro* al comedor, le dijo al  
marqués.

—D. José, otro día que tenga usted el honor  
de conviarme, haga usted er favó de no endi-  
ñarme ese lavatorio; que ma perdío usté y van  
á estar las tripas goliéndome á perfume toa la  
vida.

El marqués, que era excesivamente cariñoso,  
rió la ocurrencia y prometió satisfacer los de-  
seos del Sr. *Curro*.



## AL QUIEBRO

Se celebraba una corrida de toros en Cazalla, y el *Espartero*, herido en la función anterior, presenciaba el espectáculo entre barreras.

El *Valencia*, banderillero de la cuadrilla del diestro sevillano, no había estado muy bien en uno de los toros anteriores, y el maestro deseaba que el chico se luciese... Tocaron á banderillar y José tomó los palos.

*Espartero*, púsose enfrente al *Valencia*, que andaba un poquito receloso, y con razón, porque el toro se traía las de Caín.

—Oye,—le gritó Manolo,—á ver si tiés vergüenza. Ese par lo pones cambiando y sereno.

—Pero, Sr. Manuel, ¡si el toro es muy malo y me va á coger!...

*Espartero* se encogió de hombros, y con una sangre fría pasmosa, dijo:

—¿Y eso qué importa?...

## SUPERSTICIONES

¡No comprendemos el origen; pero nadie como los individuos de coleta para creer en supersticiones y aparecidos! Entre todos los que hoy se dedican al arte taurino, puede ser que no haya media docena libre de preocupaciones injustificadas, debidas á una educación deficiente y superficial.

Entre los que más culto consagran á esta *debilidad de temperamento* se encuentra el *Chicorro*, hombre valiente y decidido mientras no hay nada por medio de sobrenatural.

Hace algunos años, en la plaza de toros de Madrid, se celebraba una corrida de toros, los cuales debían de ser estoqueados por *Lagartijo* y *Chicorro*.

Este diestro tenía verdadero horror á los toros negros. Jamás hubo fuerza humana que

podiera quitarle aquella preocupación. No bastaron cariñosas advertencias de amigos ni razonadas consideraciones de cuantas personas serias le trataban.

Bueno: pues la tarde á que nos referimos salió el cuarto animal á la arena, toro grande y hermoso, de muchos pies, y de unos cuernos como lanzas.

*Chicorro* se puso pálido al ver la fiera que le tocaba en suerte... Debemos, sin embargo, manifestar, en obsequio del torero, que no le impresionó de aquella manera la valentía y el coraje: lo que le descompuso de un modo horrible fué el color de la piel...

¡Aquello no era un toro!... ¡Era un tizón enorme, negro como la mora!

Con grandes precauciones, los banderilleros cumplieron, *adornando* el morrillo de la fiera, y aun cuando no anduvieron muy listos que digamos, y aun hubo alguna bronca por la tardanza, á *Chicorro* le pareció que habían despachado en un periquete.

Sonaron los clarines, y el diestro, andando despacio y de mala gana, se dirigió á la fiera. Con grandes precauciones extendió *Chicorro* la

muleta delante de su enemigo, y dió principio á la faena más embarullada que han presenciado los nacidos.

El público, que esperaba otra cosa, dada la pericia del torero, quedó desagradablemente sorprendido ¿Por qué una desconfianza con un animal que acudía noblemente al engaño?

En una de las ocasiones que *Chicorro* alargaba la muleta llamando al toro, este no se movió; pero, ¡caso extraño y peregrino! moviendo la cola rugió las siguientes palabras que llegaron claras á oídos del matador:

—¡A que te cojo!...

¡Dios!... *Chicorro* quedóse inmóvil, mudo de asombro y de miedo... Tiró al suelo espada y muleta, y ciego, dando traspiés, expuesto á caerse por la violencia de la carrera, sin poner los pies en el estribo, saltó al callejón, cayendo un porrazo enorme.

*Calderi*, mozo de espadas de *Lagartijo*, acudió presurosamente en auxilio del espada. Después de levantarlo con sumo tiento, porque se había lesionado al caer, le preguntó con respeto y cariño, extrañándose de aquel terror incomprensible:

—Pero, maestro, ¿que ha pasao? *Chicorro* miró á donde estaba el toro; descompuesto por el susto, sin duda ninguna, de las palabras que había escuchado á su enemigo, contestó:

—¡Si lo desía yo!... ¡Si lo desía yo hace tiempo, hombre!

—¿*Cualo?*

—Que ma de matar un toro negro y debe ser ese.

—Vaya, maestro, no tenga usted cuidao: si el pobrecillo es un borrego.

—Borrego ¿eh?... ¡Es un elefante que habla como las personas!

\*  
\* \*

Suponemos á los lectores deseando encontrar la solución de este jeroglífico. Demonio, —dirán algunos de los que esto lean,—¿un toro que habla?... ¡Imposible!... ¡Ni que hubiéramos llegado en el corto de Aranjuez!...

Afortunadamente, este hecho, como todo lo *sobrenatural*, tiene su explicación, y á darla vamos en media docena de líneas.

Durante la lidia del toro que había propor-

cionado al diestro uno de los mayores sustos de su vida, bajó al callejón cierto ventrílocuo famoso, que por aquellos días trabajaba en uno de los teatros de esta corte.

El bueno del artista, que desconocía las supersticiones del diestro, quiso dar á este una broma sin consecuencias, y echando mano de sus habilidades, pronunció aquellas cuatro palabras que produjeron el susto de *Chicorro*, ayudando á que se aumentase en el espada el miedo que siempre tuvo á los toros negros.

## LOS DOS RAFAELES

En un modesto, cuanto conocido *restaurant* de Madrid, que regenta y sostiene con tan grande habilidad como fortuna su amable dueño, el simpático Lázaro López, en el Pasadizo de San Ginés, reúnen, por las tardes, muchos y buenos aficionados á la fiesta nacional, y no pocos, también, al agradable vino de Montilla, y á las empolvadas botellas de Valdepeñas de 1883, únicas en su clase, como dice Andrés el de la Cruzada.

Una tarde, en uno de los más apartados veladores, disputaban acerca de toros y de toreros dos muchachos, que, á juzgar por las señales, debían ser aprendices en el arte. Uno era nacido en el propio riñón del distrito de la Inclusa; el otro, en el acento, parecía haberse

criado por el barrio de la Merced ó de la Salud, de Córdoba.

—A mí no me vengas,—decía el madrileño, —cuando le ví una tarde con el abrigo de pieles, los guantes en los *deos* que parecían diez barquillos, ¡vamos! que me se figuró Rafael.

—¡*Aspera*, te igo que estás isiendo un gran desatino! *Rafaé*, es er número uno de toos los toreros, el hombre más *grasioso* que hay en España, y allí sí que hay clase, *jechura*, *similitú* y *cercunstancias inclusive*.

—¡Bueno, hombre, bueno! Pero D. Luis es un buen mozo por donde lo miren; y ¡vamos! te digo que vestío de señorito se parecía todo á Rafael, que yo no sé si en Córdoba, *sabréis* que sá muerto.

—¡Que se ha muerto!... Eso quereis toos; pero ¡anda! que *otavía* tiene que daros algunos *paquetes* á tragar.

—¡Tragaban!—dijo el madrileño.

—¿Y por qué no?—repuso el de Córdoba.

—¡Porque te digo que ya no vive, que es un muerto!...

Interrumpióle el otro con tendencia á promover un disgusto, cuando pasó á terciar en el



asunto uno de los frecuentes contertulios de la casa, D. Vicente Sancho, empedernido aficionado.

—Vaya, ¡venir á un arreglo! ¿Qué dices tú?— preguntó al de Madrid.

—Que Mazzantini se parece, cuando se pone de moños, á Rafael.

—¡Y yo digo que nó!

—Pero, hombre, ¿á qué Rafael se parece?

—A Rafael Calvo; uno que dicen que hacía comedias mu superiormente, y que ha muerto.

—¡Ah! ¡vamos! ¡Es que creía!... ¡Danos una docena de Montilla, que este se ha puesto en razón!...

## LOS HERMANOS

No hace muchos años que en Sevilla, plantel fecundo de toreros, estaba en boga el *Malé*, novillero que sin arte ni conciencia de lo que hacía, se salvaba de morir en las astas de un toro por milagro patente de la Providencia.

Esas grandes colectividades de personas que designamos con el nombre genérico de público, tiene en muchas ocasiones rarezas incomprensibles, otorgando aplausos y favores á quienes sólo censuras merecen... Algo de esto ocurría con el novillero á que nos referimos, y el cual era querido con delirio por buen número de aficionados á la genuina fiesta.

En cierta ocasión, un empresario organizó una corrida de novillos, en la que debían lidiarse cinco toros defectuosos.

Como es natural, nadie más propio que *Malé*

para estoquearlos, y á él se recurrió, haciéndole proposiciones ventajosas... Admitió el diestro, y como le pareciesen mucho tantos toros para el sólo, hizo que contratasen á su hermano para que se entendiera con el último bicho de la tarde.

Ultimados los asuntos preliminares, esperaron todos el día de la fiesta, prometiéndose grandes cosas... Los toros que debían de ser lidiados eran de mucho poder, de gran cabeza, y el *Malé* había prometido hacer proezas durante la corrida.



—¡Caballos!... ¡Caballos!... ¡Caballos!

—¡Ande usted al toro, so morral!

—¡Cobarde!... ¡Pillo!... Así te reviente de un trompazo!...

—¡A la cárcel, gandul!...

¡La bronca era superior! Estaba el primer toro en la plaza bramando de coraje, y convirtiéndose en cribas cuantos jamelgos infelices le ponían por delante!... ¡Aquello no era toro; parecía un huracán!... Los picadores miraban re-

celosamente al bicho, y con tunanterías mal disimuladas procuraban entrar en suerte el menor número de veces posible, mientras que el público, de pie sobre los incómodos asientos, enseñaba los puños al presidente.

*Malé* no parecía estar más sereno que los picadores, y procuraba que los chicos estropearan al animal con recortes infernales. Esto, lejos de calmar el enojo del público, lo excitaba, y la bronca iba adquiriendo proporciones aterradoras.

Sonaron los clarines, retiráronse los picadores, y los banderilleros ejecutaron toda suerte de atrocidades. Fieles á la idea de que en el animal todo era toro, le pusieron banderillas en las orejas, en las patas y en el cuarto trasero, empleando una faena nunca vista ni escuchada.

La bronca seguía en aumento: algunas botellas cayeron al ruedo, sin que afortunadamente lastimasen á ninguno de aquellos á quienes iban dirigidas.

Llegó el momento supremo y el *Malé* se dispuso á cumplir su palabra. Había prometido realizar heroicidades, aun cuando tuviera que ir

á la enfermería. El público se calmó un poco, y mientras recitaba el diestro un brindis vulgarote, cesó la bronca.

No parecía el diestro muy satisfecho, y antes de decidirse á tender la muleta delante del toro, hizo que los peones corriesen al animal en todas direcciones, sacándolo de querencias que sólo existían en la poco tranquila imaginación del espada.

*Por fin*, como diría *La Correspondencia*,—y recomendamos este cliché á todos los periódicos cursis,—*Malé* hubo de decidirse: se acercó, rodeado de toda su gente, al toro, que continuaba duro y noble, tendió el trapo y allá fué por los aires el mal aconsejado diestro, cayendo un porrazo enorme, y del cual largos años conservó triste recuerdo.

Con aquél lance, el espada perdió la poca serenidad que tenía, y ciego por el miedo, desconfiado y receloso, principió á dar carreras y pinchazos, volviendo la cara, entrando á matar sin prepararse, y viéndose obligado cada cinco minutos á tirar los trastos y á tirarse él de cabeza al callejón.

El disgusto del público, contenido durante

algunos minutos, estalló imponente y aterrador; en poco tiempo el ruedo quedó cubierto de naranjas, piedras, botellas, panecillos y otros mil objetos, los cuales dificultaban la lidia hasta el extremo de hacerla imposible... El *Malé*, dispuesto á todo, menos á morir de una cornada, y olvidando ofrecimientos y promesas, tiró muleta y estoque, retirándose al callejón.

¡Gracias á que intervinieron oportunamente los municipales, no ahogaron á su ídolo los aficionados sevillanos! Sin embargo, el pobre diestro fué conducido á la cárcel, acompañado por una multitud enfurecida que le arrojaba piedras, silbando con fuerza.

\*  
\* \*

Cuando los representantes de la autoridad y el carcelero se disponían á retirarse, dejaron al *Malé* en un calabozo húmedo y súcio, estalló fuera de la cárcel una espantosa gritería... Los municipales se miraron sorprendidos, no adivinando la causa de aquellas voces y silbidos. Instintivamente echaron mano á los sables, suponiendo que alguien venía á libertar al preso; pero

éste, más sagáz que sus carceleros, les dijo sonriéndose:

—No tengan usted cuidiao. Es que llega mi segundo espada... ¡El pobre me tié tanto cariño que no pue estar sin mí!

.....

No habían transcurrido dos minutos cuando los municipales pudieron comprender que no se equivocaba el matador... *Malé* segundo entró atado, codo con codo, en la forma más lamentable que nuestros lectores pueden imaginarse.

¡El toro primero, y último de la corrida, fué muerto á tiros por la Guardia civil!

## CONOCIMIENTO Y VALOR

Allá, por el año 1846, en todo el furor de los entusiasmos por *Paquiro* (Francisco Montes), en el circo taurino de las afueras de la Puerta de Alcalá ocurrió un suceso por demás curioso, y que reveló hasta dónde llegaba en ocasiones el amor propio y el reconocido valor de nuestros toreros.

Estaba el torero, de moda por aquel entonces, pasando de muleta á un toro de la famosa ganadería de Picavea, de Lesaca, cuando observó que los cordones de la taleguilla, por la pierna derecha, se le habían desatado, cayéndosele los machos hasta cerca del suelo.

El público le avisó aquel detalle, y Montes, acto continuo, y en el momento de concluir un pase natural, hincó en tierra la rodilla izquierda, y dejando la derecha en puente, puso en el



suelo espada y muleta, y como si estuviese en su propia casa, y sin advertir el peligro que podía correr, se ató los cordones perfectamente. Volvió á coger espada y muleta, se levantó pausadamente y siguió la interrumpida faena.

Llegó el momento, y arrancándose al toro, lo mató de una sola y buena estocada.

Al dejar sobre la barrera la espada y la muleta, un chusco del tendido núm. 1, le dijo:

—¡Sr. Paco! ¡Vaya un miedo que habrá usted pasado, eh?

—No, hijo, no conozco eso... ¡Tengo yo la jeta muy seria pa que se rían los toros en mis patillas!...

## «MAURO» EL DE JEREZ

Pues señor,—y conste á ustedes  
que no se trata de cuento,—  
hace ya bastantes años,  
que en Jerez había un diestro  
cobarde para los toros  
á los que cogió gran miedo,  
toreándolos sin arte,  
con jindama y desde lejos.  
Era el matador un hombre  
de broma y de claro ingenio;  
grande arsenal de los chistes,  
prototipo del salero,  
y almacén de chascarrillos  
que harían reir á un muerto.  
—Lo cual parece difícil,  
aun estando en estos tiempos,  
en que *tantos se levantan*  
por algunos... caballeros.—

En Jerez, donde vivía  
el poco atrevido diestro,  
un empresario que estaba  
muy á mal con su dinero,  
no sabiendo en qué gastarlo,  
al fin decidió perderlo,  
y dispuso una corrida  
de toros, ó de... becerros.

*Mauro* fué contratado,  
y el espada, satisfecho,  
ofrecía mil proezas,  
olvidándose del miedo;  
pues siempre que se veía  
á dos leguas de los cuernos,  
¡se juzgaba con más alma  
que *Lagartijo* y *Frascuelo*!

—

Llegó el día señalado:  
en la plaza había un lleno:  
la muchedumbre entusiasta  
se agitaba en los asientos.  
La cuadrilla del *Mauro*  
hizo, por fin, su despejo,  
y principió la corrida

sin sustos ni contratiempos.  
Pero ¡ay! que como el espada  
ya no veía de miedo,  
eran las seis de la tarde  
y estaba con el primero,  
¿Si *Mauro* no apretaba,  
cuándo terminaba aquello?  
Algunos espectadores  
gritaban á voz en cuello,  
para ver si el presidente  
hallaba pronto remedio.

La autoridad, convencida,  
hizo presentarse al diestro,  
y al tenerlo en su presencia  
le dijo fuerte y muy serio:  
—Siéntese usted un segundo,  
ó esté de pie; pero hablemos.  
El público se impacienta  
de ver que el toro primero,  
desde las tres de la tarde,  
aún está vivo en el ruedo.  
Trabaje usted con ahinco  
y á ver si termina presto,  
ó voy á avisar en casa  
para que traigan almuerzo...

—Señor,—respondió *Mauro*,—  
esforzarme le prometo;  
mas no hay causa pa quel público  
se ponga como se ha puesto.  
Yo he de matar cuatro toros;  
me comprometí pa eso...  
¿No es verdad?...

—Naturalmente:  
tiene usted razón:

—Pus bueno;  
yo cumpliré mi palabra  
y terminarlos prometo.  
Si el público tiene prisa,  
yo á denguno le detengo,  
¡y que se vayan á casa,  
que yo, en la plaza me queo!

## LA JACA TUERTA ESTA HUÍDA

Hace unos cuantos años, durante la competencia entre Manuel Domínguez y el *Tato*, se celebraron diferentes corridas en que el primero estuvo desacertado, particularmente, en varias de las celebradas en Sevilla, hecho que llenó de contento á los partidarios de Antonio Sánchez, los cuales pusieron un parte á su amigo, redactado en estos términos:

«La jaca tuerta está huída.»

No tardó en saberlo el Sr. Manuel. Cuando de toreros se trata, nunca falta algún amigo oficioso que se encarga de molestarlos, en contra de sus compañeros...

Esta frase causó gran impresión á Domínguez, y propuso á la empresa que se celebrase una corrida en que tomaran parte ambos espadas, eligiendo los toros grandes y serios, como por aquel entonces se criaban.

Los toros, escogidos, fueron de D. Francisco Taviel de Andrade. ¡Cosa excelente!...

Avisóse al *Tato* y se celebró la corrida.

Al primer toro había de matarlo Manuel Domínguez, y así fué en efecto. Previa una magistral faena de cinco ó seis pases de muleta, parando y en corto, metió el pie y echó á sus plantas al toro, de una asombrosa estocada recibiendo.

¡El delirio de palmas!... Sonriente Domínguez, daba gracias al público, en tanto que llegaba á la valla, donde estaba recostado airoosamente el simpático *Tato*, al cual dirigióse Domínguez, diciéndole con mucha gracia:

—Mariquita la florera: ¡*La jaca tuerta está huída!*...

El *Tato* hizo un gesto muy expresivo, y procuró en sus toros quedar lo mejor posible.

## EL «OSTIÓN» Y EL CERDO

A primera vista, el título parece cosa de fábula ó conseja; pero, con la mano sobre el corazón, juramos á ustedes que no se trata de una ni de otra cosa. El hecho que vamos á referir lo hemos escuchado de labios del mismo interesado, que lo refiere con lujo de detalles y palabra gráfica á cuantos amigos muestran deseos de conocerlo. Nuestro trabajo, en esta ocasión, se reduce á dar forma literaria al suceso, despojándole de ciertas frases duras y mal sonantes, aunque sinceras y elocuentes.

Hagan ustedes el obsequio de irse enterando, que el caso lo requiere, y seguros estamos de que los lectores apreciarán el valor del banderillero que más simpatías cuenta entre los buenos aficionados.

\*  
\* \*



Antes de que á Antonio Pérez le entrasen ganas de ser torero, en la Guardia, su país natal, fué un aprovechado albañil, rumboso hasta el exceso y amigo de gastarse en una noche de broma el jornal de seis días. Valiente y pundonoroso entre sus compañeros, era proverbial su fuerza muscular y su energía indomable.

Sucedió que por aquel entonces, las huestes que acaudillaba el pretendiente, entusiasmadas por triunfos adquiridos, se acercaron hasta la hermosa villa bilbaina, con ánimo de apoderarse de ella. Pero como el proyecto no pasó de tal, y los carlistas encontraron una resistencia heroica y desesperada que no imaginaron, ciegos de rabia y tenaces en la idea, establecieron el sitio, que duró largo tiempo, porque los moradores de la hermosa capital preferían morir de hambre á morir fusilados...

Bueno; el caso es que *Ostión*, amante siempre de la libertad, enemigo acérrimo y declarado de los carlistas, pertenecía entonces á uno de los batallones de voluntarios que espontáneamente defendían los puntos de más peligro, resguardados por insignificantes y débiles trincheras,

que resistían diariamente las descargas de los contrarios.

Pasaba tiempo: la situación íbase haciendo insostenible; faltaba lo más necesario para la vida, y los auxilios ofrecidos por el Gobierno no llegaban, ni de ellos se tenía noticia alguna. De prolongarse seis días estado de cosas tan violento, era imprescindible la capitulación. ¡El hambre principiaba á dejarse sentir entre las fuerzas que guarnecían la plaza, y sobre todo, en las avanzadas que coronaban los montes más cercanos á la villa!

Seguramente era el puesto más castigado por la miseria la modesta chocilla donde habían formado su cuartel la docena de soldados, entre los cuales se encontraba *Ostión*; nadie sabe los apuros de aquellos héroes, agujoneados por el hambre, y á cien metros de las avanzadas contrarias. Los infelices principiaron á alimentarse con repollos crudos, y cuando estos les faltaron, también echaron mano de las hierbas que al paso encontraban.

Antonio, que siempre ha tenido un estómago privilegiado, sufría horriblemente por aquel ayuno que no presentaba trazas de concluirse;

pero como no era hombre timorato ni dispuesto á acobardarse por nada, un día, decidido y resuelto, propuso á sus compañeros que saliesen todos en busca de alimento... Como es natural, la proposición fué despreciada por irrealizable... ¡No estaban poco atentos los carlistas para andarles con bromas!... ¡En cuanto los vieses fuera los acribillaban á tiros!... ¡Imposible!... ¡No había que hablar de aquello!

Algo descorazonado quedó *Ostión*, viendo el infecundo resultado de su idea; tozudo, sin embargo, é impulsado por el hambre, decidió hacer solo la correría. ¡Necesitaba comer á toda costal... El estómago, que no atiende á razones, se iba poniendo inaguantable, dando unos *gritos espantosos* que se traslucían en fuertes dolores... Pidió permiso el soldado y se lo concedieron. Se despojó de la carabina, que le incomodaba, y sin más armas que una navaja de Albacete, salió de la modesta fortaleza.

Al ver su arrojó, otro compañero se decidió á seguirle, y ambos principiaron la penosa y comprometida ascensión. Arrastrándose por el suelo en los puntos donde la vegetación era menos fecunda, ocultándose detrás de los árbo-

les, sin hablarse una palabra, iban avanzando, serenos, con la vista fija en el objeto de todas sus ansias.

Como á cincuenta metros del sitio en que se encontraban había una preciosa casita de campo, habitada por un matrimonio fanático partidario de los carlistas. En dicho punto, las provisiones debían abundar, y aun cuando los decididos voluntarios estaban seguros de correr grandes peligros, allí se dirigían, dispuestos á llevarse algo para que ellos y sus compañeros no fallecieran de hambre.

El silencio era casi absoluto: á pocos pasos de donde se encontraban *Ostión* y su amigo, una cascada natural bajaba convertida en ondas de espuma lechosa, precipitándose por un cauce sembrado de piedras hasta perderse en la ría: la vegetación era hermosa, presentando las montañas accidentadas tonos verdosos, claros oscuros enérgicos, paisajes encantadores, que parecían esperar el pincel que los trasladase al lienzo...

Antonio y su compañero se detuvieron algunos instantes. ¡El proyecto era más grave de lo que en un principio habían supuesto! La casa

hacia donde se dirigían estaba en aquel momento llena de carlistas. Sus risotados francas y ruidosas llegaban hasta los pobres soldados, repercutiendo con las amargas vibraciones de una burla sarcástica... *Ostión* crispó los puños, dejando escapar un juramento, y mirando á su compañero, le dijo en voz baja:

—Vuelve, si tienes miedo. Yo sigo, aunque me maten.

—Pues, te acompaño.

—¡Mira que hay facciosos!

—¿Y qué importa?

No hablaron más: con todas las precauciones necesarias llegaron cerca de la casita. Continuaban dentro la bulla y el jolgorio, muy ajenos los carlistas de que tan cerca de ellos había dos pobres soldados, medio muertos de hambre, y sin más armas que una navaja.

El compañero de *Ostión* se tendió en el suelo, con el arma de Antonio en la mano, y dispuesto á degollar al primero que se presentase, mientras el diestro, abriendo con mucho sigilo el portalón enorme del corral, penetró dentro...

Arrinconados contra una montaña de palos estaban dos cerdos: parecía que los animales,

conociendo el peligro, iban en busca de sitio donde ocultarse. Antonio llegó, y cogiendo por una pata al más pequeño de los marranos, empleando toda su fuerza hercúlea, lo sacó hasta el campo.

El animal gruñía desesperadamente. *Ostión* buscó arma para degollarlo; pero el cochino, aprovechando la ocasión, principió á correr al rededor del edificio... ¡Demonio!... Aquel condenado iba á descubrirlos tan pronto como se enterasen de algo los que ocupaban la casa!... Era necesario una determinación enérgica... *Ostión* agarró una tranca enorme, que parecía el mastil de una barca pescadora, y corriendo tras del cochino, principió á darle golpes furibundos. Uno, más certero que los anteriores, tumbó al animal, al mismo tiempo en que dentro de la casa callaron las risas y los gritos.

¿Qué había sucedido?... Casi no tuvieron tiempo de hacerse esta pregunta los dos soldados. En el momento en que *Ostión* metía la navaja en el cuello del cochino, se reprodujo la chillería dentro del edificio; pero aquellos gritos eran fiel expresión de cólera y rabia. Antonio comprendió que estaban perdidos si no conse-

guían internarse pronto por un enfiladero estrecho y pendiente que ellos conocían. Con actividad, pero sin precipitaciones, agarró la presa por las dos patas delanteras, y haciendo un esfuerzo de gigante, cargó sobre sus espaldas de atleta el pesado cuerpo del cochino.

Sonaron dos tiros casi al mismo tiempo. *Ostión* principió á correr con su carga, sin fijarse en que uno de los proyectiles había atravesado la mano del valiente compañero que le ayudaba en su empresa. El soldado, al verse la mano llena de sangre, cogió una piedra, y á falta de mejor arma, la despidió con fuerza: el guijarro hizo pedazos un cristal, penetrando en la habitación donde se encontraban los carlistas...



Quince minutos después, Antonio y el herido llegaban á la modesta casa que les servía de fortaleza. *Ostión* no podía más: por cada poro de su cuerpo caía una gota de sudor. Tan pronto como penetraron en el *cuerpo de guardia* dejó caer la carga, y acercándose á la puerta, tendió hacia los carlistas los puños, crispados



por la rabia, gritando con toda la fuerza de sus pulmones:

—Valgo más que todos vosotros juntos. Al que venga lo convidamos...

\*  
\* \*

Gracias á aquel rasgo de valor, rayano en temeridad, la abandonda guarnición del fuerte no pereció de hambre.

En Bilbao hay muchas personas que recuerdan el hecho, y aplauden sin reservas el temerario arrojo de dos hombres que expusieron su vida por dar de comer á sus compañeros.

Por cierto que, cuando el cerdo fué descuartizado, los militares le extrajeron CINCO proyectiles que, al salir de las carabinas, iban dirigidos al valiente Antonio...

Por fortuna, hay una providencia que apoya á los buenos, y *Ostión* la tuvo aquel día... aunque él no lo crea...

¡Que no lo creará, seguramente!



## FRAY MARTÍN

¡Vaya una fiesta que se preparaba la tarde de 17 de Mayo de 1801!

Romero, *Pepe Hillo* y *Costillares* figuraban como matadores en aquella famosa corrida.

Desde muy temprano, todo eran conciliábulo y apuestas sobre quién á quién había de sacar ventaja en sus toros respectivos, y con ansia esperábase el resultado de la lidia.

Llegó la hora de ir cada cual á la corrida, y en vano esperaba *Pepe Hillo* á que el lego franciscano Fray Martín fuese por los estoques que siempre le llevaba á la plaza, casi con tanto fervor como un grueso cirio en las procesiones: Fray Martín no llegaba. Supuso José que alguna amonestación del Padre Prior sería la causa de la tardanza, y echando mano de un pillete con puntas de manolo que al tomar

asiento en la calesa se encontrara, le dió los trastos, y montándole en la vara del carruaje, partió con él á la plaza.



En el convento, mientras esto pasaba, había un grave disgusto. Cuantas pesquisas se habían hecho desde bien temprano en busca de Fray Martín resultaron inútiles...

El Padre Prior habíale mandado buscar por cien partes y ¡nada! ni en convento de monjas, sacristía frailuna, casa de beata y botillería de crédito, pareció el bueno del lego.

Éste, de mañana, así que había repartido á sus paternidades el desayuno frugal, compuesto de un buen cuenco de chocolate, con magras y buenos bollos, acompañado de un vaso de leche tamañito, salió del convento dirigiéndose á la plaza, donde sobornando al encargado de la puerta de los chiqueros, logró meterse, y una vez enterado de dónde estaban los toros que correspondían en suerte á *Costillares*, con quien no se hallaba conforme en el toreo, según se cansaba de decir en las Gradas, puso sobre un

palo la capucha de sus hábitos, y por la trampilla de los chiqueros, empezó á llamar á los bichos la atención, con objeto de desahormarlos la cabeza y que estuviesen en mala condición para cuando los matara Joaquín Rodríguez.

Quiso la mala suerte que en uno de los derrotes, el toro que había de salir en segundo lugar, y que á *Costillares* correspondía, engancharse aquél objeto y lo llevase tras sí al chiquero.

Aquí fueron los apuros de Fray Martín, queriendo coger aquella indispensable prenda de su vestuario, hasta que una vez, perdiendo el equilibrio, cayó en el chiquero, quedándose casi á horcajadas montado en el toro. No ha podido averiguarse á qué santo se encomendaría; ello es, que el toro, sin prestar atención á aquel *objeto*, se contentó con dejarlo caer en el suelo, y practicar sobre él, más de dos veces, una operación de que la ciertamente no salió oliendo á rosas.



Dieron las dos: comenzó la fiesta, mató Romero su primer toro, y ¡cuál sería el asombro

del público al abrirse el portón para el segundo, y ver salir la desencajada y poco limpia figura de Fray Martín, corriendo como un desesperado, y un enorme toro tras él, ganándole por instantes el terreno...

La pronta intervención de la cuadrilla lo libró de una muerte segura, y hay quien dice que desde entonces dejó la afición que le dominaba, y se entregó en alma y cuerpo, por mor del milagro, á la honra y gloria de nuestro padre San Francisco.



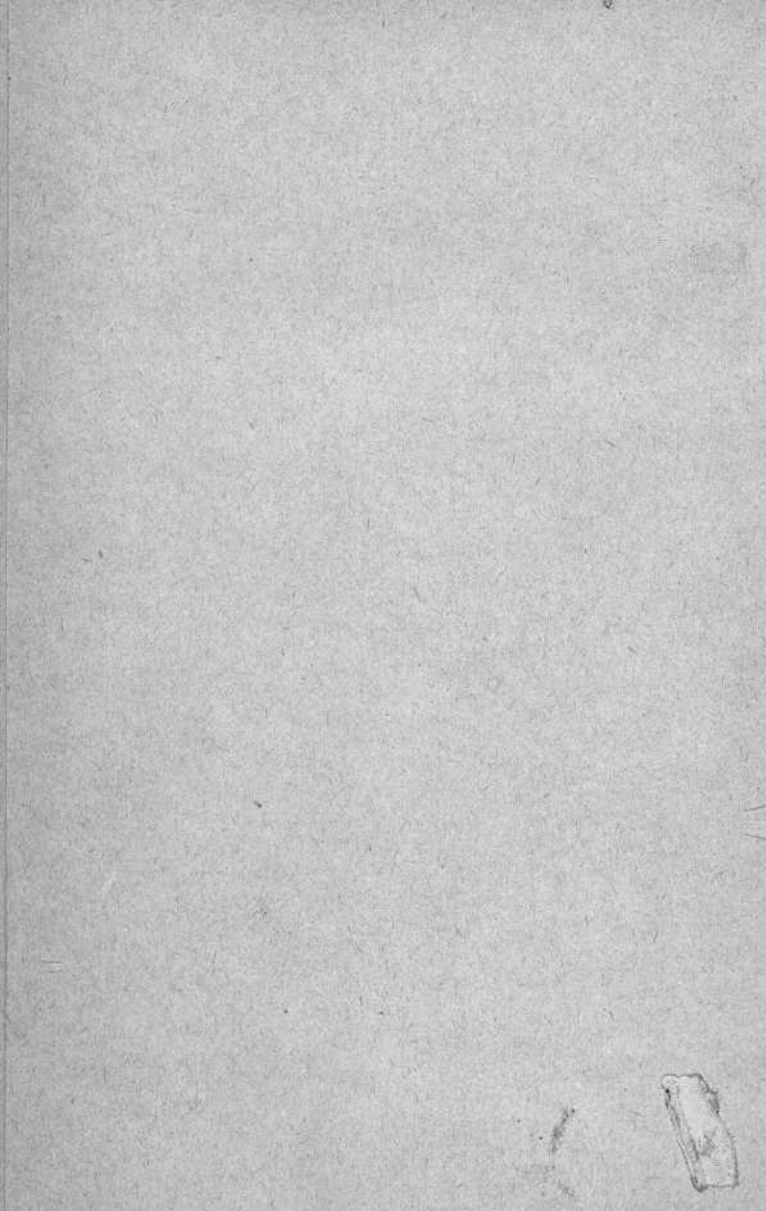
# INDICE

---

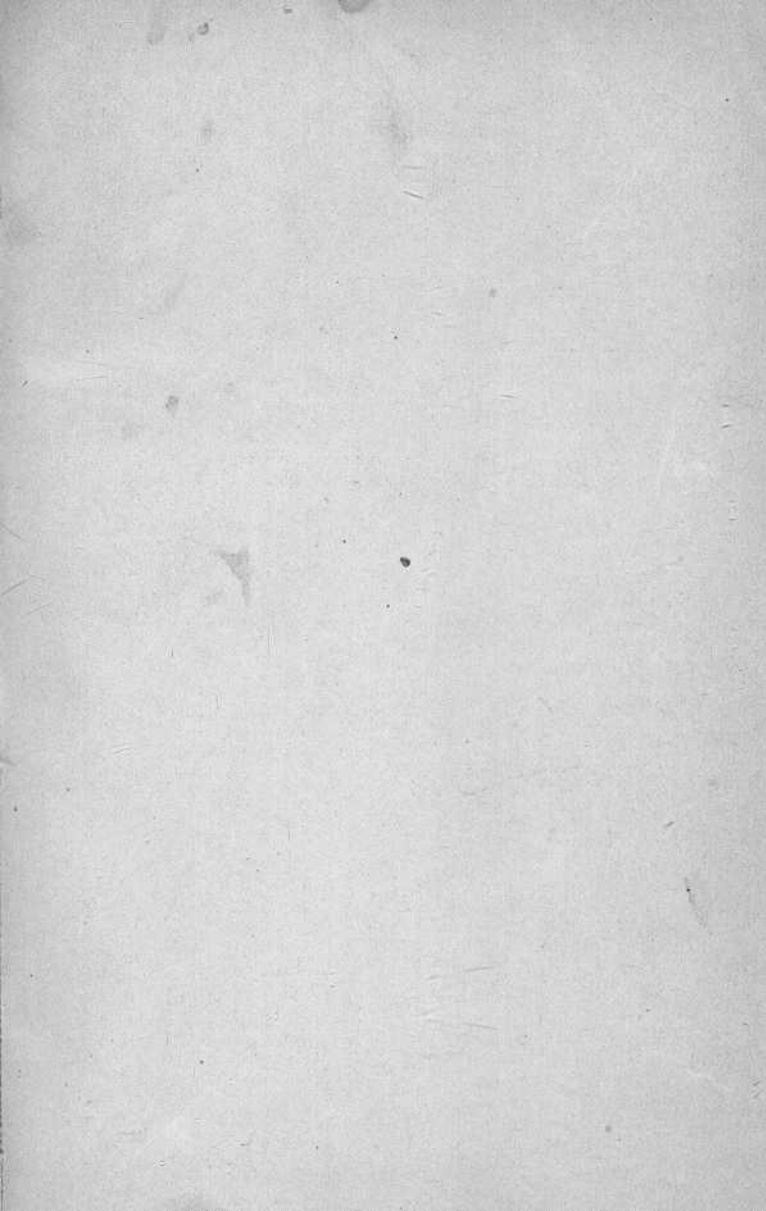
| <i>Pág.</i>                   |    |                               | <i>Pág.</i> |
|-------------------------------|----|-------------------------------|-------------|
| Dedicatoria.....              | 5  | En Julio.....                 | 63          |
| A guisa de prólogo.....       | 7  | El premio.....                | 64          |
| El choto.....                 | 11 | La cuna.....                  | 66          |
| Efectos de óptica.....        | 13 | La perla.....                 | 67          |
| La exigencias de un bravo...  | 14 | La muerte de Luis XVI.....    | 69          |
| Los feos.....                 | 16 | Casi epigrama.....            | 70          |
| Un regalo.....                | 18 | Cantar.....                   | 71          |
| Una opinión.....              | 20 | Lo más difícil.....           | 72          |
| Media copa.....               | 21 | El precio de los vestidos.... | 74          |
| Traje nuevo.....              | 23 | Prudencia.....                | 75          |
| Los brillantes.....           | 24 | Dos maestros.....             | 77          |
| Un rasgo de valor.....        | 26 | Un arranque.....              | 80          |
| Buen medicamento.....         | 28 | Los ajustes á principios de   |             |
| Los cambios.....              | 30 | Siglo.....                    | 81          |
| Suceso análogo.....           | 31 | Los Conchas.....              | 83          |
| Maldición.....                | 32 | Suerte nueva.....             | 85          |
| Una ocurrencia.....           | 33 | Medicina eficaz.....          | 94          |
| Pepe-Hillo.....               | 34 | La muerte de un valiente....  | 95          |
| Cómo se visten los toreros... | 44 | Una ingeniosidad del Rega-    |             |
| De Caspe.....                 | 47 | terín.....                    | 97          |
| La antigüedad del quiebro..   | 49 | Encargo á tiempo.....         | 98          |
| Los mandamientos.....         | 50 | Diálogo.....                  | 103         |
| El último arranque del Tato.  | 52 | Ayer y hoy.....               | 104         |
| El reserva.....               | 53 | La limpieza.....              | 106         |
| Buena lección.....            | 57 | La vergüenza torera... ..     | 107         |
| Por un regalo.....            | 58 | Una competencia famosa....    | 108         |
| Los primeros alumnos.....     | 61 | La sangre.....                | 111         |
| Diplomacia y saludos.....     | 62 | Dos sangrías.....             | 113         |

| <i>Pág.</i>                             | <i>Pág.</i> |                                 |     |
|-----------------------------------------|-------------|---------------------------------|-----|
| Una frase.....                          | 117         | Un brindis del Chiclanero... .. | 180 |
| Torear en corto.....                    | 118         | ¡Que se repita!.....            | 181 |
| La flor de la tauromaquia....           | 120         | El Pasma de Sicilia.....        | 183 |
| Diagnóstico.....                        | 122         | Reparos de un ganadero....      | 186 |
| El Tato.....                            | 123         | La Canícula.....                | 188 |
| La media luna.....                      | 125         | Villaviciosa.....               | 190 |
| ¡Vaya un pez!.....                      | 128         | La estatua.....                 | 192 |
| El loro.....                            | 131         | La intención del toro .....     | 194 |
| Canela fina.....                        | 132         | Una alegría del Tato.....       | 199 |
| Una fecha.....                          | 134         | Satisfacciones.....             | 201 |
| Histórico.....                          | 136         | Gayarre y Guerrita.....         | 203 |
| Rrindo.....                             | 139         | El mundo al revés.....          | 205 |
| Alfonso XII y D. Gil.....               | 142         | Como ahora.....                 | 209 |
| Cordilla.....                           | 144         | Toreros trashumantes.....       | 210 |
| ¡Valentía!.....                         | 146         | El gazpacho.....                | 222 |
| Un consejo.....                         | 147         | Dos medios.....                 | 225 |
| Caridad mal entendida.....              | 149         | Filosofías.....                 | 226 |
| Elección fatal.....                     | 153         | Arrimarse.....                  | 228 |
| Señor Presidente.....                   | 155         | El enjuague.....                | 230 |
| Que llueva.....                         | 160         | Al quiebro.....                 | 233 |
| Precauciones.....                       | 161         | Supersticiones.....             | 234 |
| Cantares de un maleta.....              | 163         | Los dos Rafaeles.....           | 239 |
| Un hecho curioso.....                   | 165         | Los hermanos.....               | 242 |
| El cabo.....                            | 168         | Conocimiento y valor.....       | 248 |
| Una frase de Manuel Domín-<br>guez..... | 170         | Maúro el de Jerez.....          | 250 |
| Los seis á un tiempo.....               | 172         | La jaca tuerta está huída....   | 254 |
| Curas taurinos.....                     | 174         | El Ostión y el cerdo.....       | 256 |
|                                         |             | Fray Martín.....                | 265 |







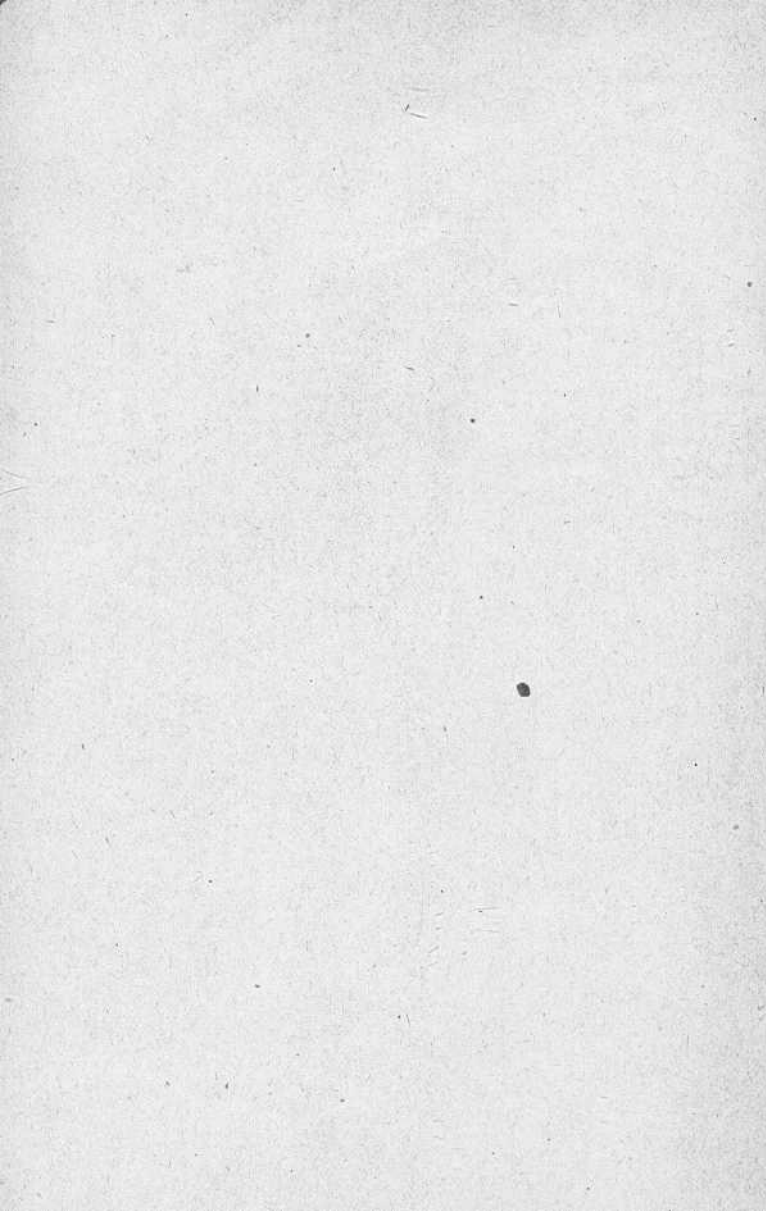


## PUNTOS DE VENTA

---

*Despacho Central:* Francisco Iravedra, Arenal, 6, librería.

*Principales librerías.*





# MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

## BIBLIOTECA

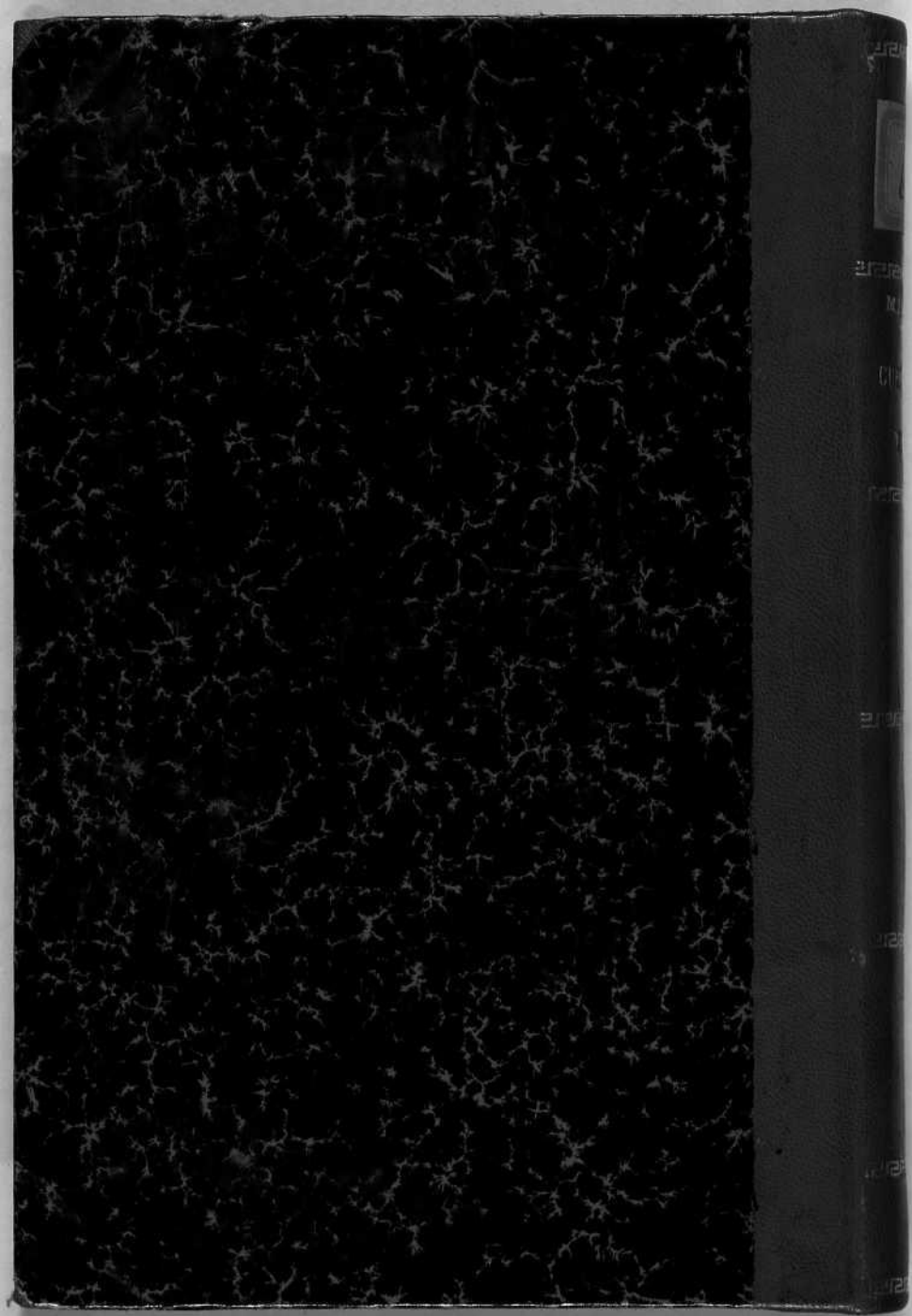
Pesetas.

Número... 68 | Precio de la obra.....

Estante... 1 | Precio de adquisición .....

Tabla... 2 | Valoración actual.....

Número de tomos..



222222



222222

MINGUEZ

CURIOSIDADES

TALAMAS

222222

222222

222222

222222

222222